



Jacques Bénigne Bossuet

Oraciones fúnebres

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Jacques Bénigne Bossuet

Oraciones fúnebres

Oración fúnebre de Enriqueta María de Francia, Reina de Inglaterra
Pronunciada el 16 de Noviembre de 1669 en presencia de la corte de Francia en la iglesia de las religiosas de Santa María de Chailot donde había sido depositado el corazón de la reina

Et nunc, reges, intelligite; erudimini qui iudicatis terram. (Psal.2)

Aprended ¡oh reyes! ahora; aprended, vosotros, dominadores de la tierra.

MONSEÑOR:

Aquel que en los cielos reina, de quien todos los imperios dependen y a quien sólo pertenece la gloria, la majestad y la independenciam, es así mismo el que hace consistir su grandeza en buscar la ley a que los reyes deben someterse y en darles, cuando le place, grandes y terribles lecciones. Ora levante los tronos, ora los abata, ora comunique a los príncipes su poder, ora se lo retire, dejándoles tan sólo su propia debilidad, siempre les muestra la menda del deber de una manera soberana y digna de él; porque al darles su poder, les recomienda hacer uso digno de su merced, como él mismo lo hace, en pro de la dicha de los hombres y les prueba al retirárselo que toda su majestad era prestada, y que no por sentarse en alto trono dejan de estar bajo su mano y su soberana autoridad. Así alecciona a los príncipes, no tan sólo con sus palabras, sino aún más, por medio de los hechos y los ejemplos. Et nunc, reges, intelligite, erudimini qui iudicatis terram.

Cristianos, a quienes la memoria de una grande reina, hija, esposa, madre de reyes tan poderosos y soberana de tres reinos, convoca a esta triste ceremonia; mis palabras os mostrarán uno de los ejemplos más imponentes que a los ojos del mundo revelan su vanidad completa. Veréis en los límites de una sola existencia todas las extremidades de la vida humana: la felicidad sin coto, lo mismo que las desdichas, goce prolongado y apacible de una de las más nobles coronas del universo, todo lo que de más glorioso puede conceder la grandeza y el nacimiento acumulados sobre una frente, expuesta después a los crueles ultrajes de la fortuna; la buena causa por el pronto triunfante, y enseguida repentinas derrotas, cambios inauditos; la rebelión largo tiempo contenida, al fin, enseñoreándose de todo; la licencia sin freno, las leyes abolidas; violada la majestad por atentados hasta entonces desconocidos; bajo el nombre de libertad la tiranía usurpadora; una reina fugitiva que no halla amparo en sus tres reinos y para la cual su propia patria es triste lugar de destierro; nueve viajes por mar emprendidos por una princesa a despecho de las

tempestades; asombrado el Océano de verse surcado tantas veces con tan diverso aparato, con tan diferentes motivos; un trono indignamente volcado, milagrosamente restablecido. He ahí las enseñanzas que Dios da a los reyes; en esa forma hace ver al mundo la nada de sus pompas y de sus grandezas. Si las palabras nos faltan, si las expresiones no responden a tan vasto y elevado asunto, los hechos hablarán con su elocuencia irresistible. El corazón de una grande reina, en otro tiempo educado por larga serie de prosperidades, y más tarde hundido repentinamente en abismo de amarguras, hablará hartamente; y si no fuese permitido a los súbditos dar lecciones a los reyes a propósito de acontecimientos tan extraños, un rey me prestará sus palabras para decirles: Et omne, reges, intelligite, erudimini qui iudicatis terram: escuchad, ¡oh reyes! ahora; ¡aprended, árbitros del mundo!

Mas la prudente y religiosa princesa objeto de este discurso, no es tan sólo espectáculo ofrecido a los hombres para estudio de los consejos de la Providencia divina y de las fatales revoluciones de la monarquía; instruíase ella misma, en tanto Dios con su ejemplo aleccionaba a los reyes. He dicho ya que Dios les enseña dándoles y retirándoles su poder. La reina de quien hablamos ha oído también dos lecciones opuestas, es decir, ha usado cristianamente de la buena y de la mala fortuna. Fue durante aquella bienhechora, invencible durante ésta. En tanto fue dichosa, hizo sentir su poder con infinitas bondades; abandonada por la fortuna atesora más que nunca cristianas virtudes; y si sus súbditos, si sus aliados, si la Iglesia universal aprovechó sus grandezas, supo sacar de sus desgracias y de sus infortunios, aún más provecho que de toda su gloria. Esto es lo que haremos notar en la vida, eternamente memorable de la muy alta, muy excelente, y muy poderosa princesa Enriqueta María de Francia, reina de la Gran Bretaña.

Aun cuando nadie ignore las grandes cualidades de una reina que la historia proclama, debo evocarlas a vuestra memoria a fin de que ellas nos sirvan de tema en todo nuestro discurso. Inútil sería hablar de la ilustre cuna de esta princesa; no hay debajo del sol nada que en grandeza la iguale. El papa San Gregorio, ha hecho desde hace muchos siglos este singular elogio de la corona de Francia: que está por encima de las demás coronas del mundo, tanto como la dignidad real supera a las fortunas particulares. Si en estos términos hablaba de los tiempos del rey Childebert, si tanto exaltaba la noble raza de Meroveo, juzgad lo que habría dicho de la sangre de San Luis y de Carlo-Magno. Originaria de esta raza, hija de Enrique el Grande, y de tantos reyes, su gran corazón ha sobrepujado a su nacimiento; otro puesto cualquiera que no fuese el trono habría sido indigno de ella. En verdad que debió sentirse halagada en su noble orgullo, cuando vio que iba a unir la casa de Francia a la real familia de los Estuardos, que habían llegado a ceñir la corona de Inglaterra por una hija de Enrique VII, pero que tenían desde muchos siglos antes el cetro de Escocia, y que descendían de esos reyes antiguos cuyo origen se oculta en la oscuridad de los primeros tiempos. Mas si experimentaba regocijo a la idea de reinar sobre una gran nación, era porque así podía satisfacer el deseo inmenso que sin cesar la impulsaba a realizar el bien. Su magnificencia era regia y sus otras virtudes no eran menos dignas de admiración. Depositaria fiel de las quejas y de los secretos de Estado, decía que los príncipes estaban obligados a guardar el mismo secreto que los confesores, y tener la misma discreción. En medio de los furores de la guerra civil jamás se dudó de su palabra, ni de su clemencia. ¿Quién ha practicado como ella ese arte lleno de atractivos que hace que los ánimos se humillen sin degradarse, y que pone de acuerdo la libertad con el respeto? Dulce, familiar, agradable, y al propio tiempo firme y vigorosa, sabía persuadir y convencer tanto como

mandar, y hacía valer la razón no menos que la autoridad. Ya veréis con cuánta prudencia trataba los arduos asuntos públicos, y como si el Estado hubiese podido salvarse, su mano hábil habría sido la salvadora. Nunca se elogiará bastante la magnanimidad de esta princesa. Nada pudo contra ella la fortuna; ni los males por ella previstos, ni los que la cogieron de improviso, lograron abatir su ánimo. ¿Y qué diré de su inmutable fidelidad a la religión de sus antepasados? Reconocía que esta adhesión era la gloria de su estirpe, así como la de Francia, única nación en el mundo que desde hacía doce siglos próximamente, desde que sus reyes se convirtieron al cristianismo no había visto nunca sobre el trono más que príncipes hijos de la Iglesia. Así, pues, declaró que nada sería bastante para apartarla de la fe de San Luis. El rey, su esposo, la tributa hasta la muerte el elogio de que tan sólo sus corazones estaban separados a causa de la religión; y confirmando con su testimonio la piedad de la reina, aquel príncipe esclarecido dio a conocer a toda tierra la ternura, el amor conyugal, la santa e inviolable fidelidad de su incomparable esposa.

Dios, que encamina todos sus consejos a la conservación de la Santa Iglesia, y que fecundo en recursos, lo acomoda todo a sus ocultos fines, se sirvió en otros tiempos de los castos encantos de dos santas heroínas para librar a sus fieles de las manos de sus enemigos.

Cuando quiso salvar a la ciudad de Betulia, con la beldad de Judit, tendió lazo imprevisto e inevitable a la ciega brutalidad de Holofernes. Los púdicos encantos de la reina Esther produjeron también efectos tan saludables como estos, aunque menos violentos. Ganó el corazón de su consorte e hizo de un príncipe infiel un ilustre protector del pueblo de Dios. Con análogos fines, ese Dios había preparado inocente hechizo al rey de Inglaterra en las infinitas gracias de la reina su esposa. Dueña de su cariño (porque las nubes que a los comienzos lo perturbaron bien pronto desaparecieron), creciente su mutuo amor por los lazos de dichosa fecundidad, sin oponerse a la autoridad del rey su señor, empleó su influencia en procurar algún reposo a los perseguidos católicos. Desde la edad de quince años sintiose capaz para tamaña tarea, y los diez y seis años de completa prosperidad que con admiración de toda la tierra, se deslizaron sin interrupción, fueron diez y seis años de dulzura para la afligida Iglesia. El influjo de la reina logró en favor de los católicos la dicha singular y casi increíble de ser gobernados sucesivamente por tres nuncios apostólicos, que les llevaban los consuelos que reciben los hijos de Dios, de la comunicación con la Santa Sede. El papa San Gregorio escribiendo al piadoso emperador Mauricio, le expone en estos términos los deberes de los reyes cristianos: « Sabed, oh gran emperador, que la soberana potestad os ha sido concedida por el cielo, a fin de que en vos encuentre amparo la virtud, que los caminos del cielo se ensanchen, y que el imperio de la tierra secunde al imperio de los cielos. « La verdad misma parece haberle dictado estas bellas palabras, porque ¿qué hay más propio del poder que prestar amparo a la virtud? ¿En qué mejor debe emplearse la fuerza, que en la defensa de la razón? ¿Y para qué los hombres gobiernan sino es para hacer que Dios sea obedecido? Mas ante todo preciso es notar la gloriosa obligación que ese gran papa impone a los príncipes de franquear las vías del cielo. Jesucristo ha dicho en su Evangelio, cuán estrecho es el camino que conduce a la vida eterna, y he aquí lo que lo hace estrecho; que él justo, consigo mismo severo e implacable perseguidor de sus propias pasiones, es además perseguido por las pasiones de los demás, y no puede conseguir que el mundo lo deje en calma en esa senda áspera y ruda, donde se ve obligado a trepar más bien que a marchar reposadamente. Acudid, dice San

Gregorio, poderes de la tierra, mirad por qué sendas rastrea la virtud, doblemente inquietada por sí misma, y por el esfuerzo de los que la persiguen; socorredla, tendedla la mano, puesto que la veis fatigada por el combate que interiormente sostiene contra tantas tentaciones como pesan sobre la naturaleza humana, ponedla cuando menos a cubierto de los insultos que llegan de fuera. Así facilitaréis los caminos del cielo, y allanaréis esa vía cuyas asperezas la hacen siempre tan difícil.

Pero nunca es más difícil la senda del cristiano, que en los tiempos de persecuciones, porque ¿cómo imaginar nada más doloroso que el no poder conservar la fe, sin exponerse al suplicio, ni buscar a Dios sin temblar? Tal era la deplorable situación de los católicos ingleses. El error hacía oír en todos los púlpitos, y la antigua doctrina, que al decir del Evangelio, «debía ser predicada hasta sobre los techos,» apenas si podía transmitirse al oído. Asombrábanse los hijos de Dios de no ver ya ni el altar, ni el santuario, ni esos tribunales de misericordia, que perdonan a aquellos que se acusan. ¡Oh dolor! preciso era ocultar la penitencia con el mismo cuidado que si de crímenes se tratase; y Jesucristo veíase obligado a buscar otros velos y otras tinieblas, que los velos y las tinieblas místicas en que se envuelve voluntariamente en la eucaristía. A la llegada de la reina amortiguose el rigor, y respiraron los católicos. Aquella real capilla que con tanta magnificencia hizo construir en su palacio de Sommerset, volvió a la Iglesia su primera forma. Allí, Enriqueta, digna hija de San Luis, animaba a todo el mundo con su ejemplo, y allí sostenía por sus devociones, sus plegarias y su recogimiento, la antigua reputación de la cristianísima casa de Francia. Los padres del oratorio que el grande Pedro de Berulle había llevado cerca de ella y en pos de ellos, los padres capuchinos dieron allí por su piedad, a los altares su verdadero ornato, y al divino servicio la majestad natural. Los sacerdotes y los religiosos, celosos e infatigables pastores de aquel afligido rebaño que vivían en Inglaterra, pobres, errantes, disfrazados, «y de los cuales no era el mundo digno,» recobraban con alegría los signos gloriosos de su profesión en la capilla de la reina; y la Iglesia desolada, que en otro tiempo apenas podía gemir libremente, llorar su pasada gloria, hacía resonar triunfalmente en extranjera tierra los cánticos de Sion. Así la piadosa reina consolaba la cautividad de los fieles y alentaba su esperanza.

Cuando deja Dios salir del pozo del abismo la humareda que oscurece el sol, según la expresión de la Apocalipsis, es decir, el error y la herejía; cuando para castigar el escándalo o despertar a los pueblos y a sus pastores permite que el espíritu de seducción engañe a las almas más elevadas, y disemine por doquiera descontento soberbio, indócil curiosidad y espíritu de rebelión, en su profunda sabiduría determina los límites que quiere conceder a los funestos progresos del error y a los sufrimientos de la Iglesia. No intentaré ¡oh cristianos! narraros la suerte de las herejías durante los últimos siglos, ni señalar el término fatal dentro del que Dios resolvió ceñir sus progresos; mas si mi juicio no me engaña, si recordando los hechos de los pasados siglos hago exactas comparaciones con los hechos contemporáneos, me atrevo a creer, y en ello convienen los sabios, que los días de la ceguedad han pasado, y que en adelante brillará la luz. Cuando el rey Enrique VIII, príncipe en lo demás perfecto, se extravió en las pasiones que a Salomón y a tantos otros reyes perdieron, y comenzó a socavar la autoridad de la Iglesia, anunciáronlo los prudentes, que removiendo ese sólo punto, todo lo ponía en peligro y que daba, contra sus propósitos, desenfundada licencia a las edades siguientes. Previéronlo los sabios; pero los sabios en tiempos de pasión no son creídos, y sus profecías sólo sirven de motivos de risa. La

experiencia, imperiosamente, impuso a los hombres la realidad de aquellas previsiones en que no habían creído. Púsose a prueba cuanto de más sagrado hay en la religión; Inglaterra ha cambiado tanto, que ella misma no sabe a qué atenerse; y más agitada su tierra que el Océano que la rodea, vióse inundada por el espantoso desbordamiento de mil sectas extrañas. ¿Quién sabe, si convertida de sus grandes errores respecto a la monarquía, no llevará más lejos sus reflexiones, y si fatigada de sus cambios, no mirará con complacencia el estado precedente? Admiramos, no obstante, la piedad de la reina que supo conservar los preciosos restos de tantas persecuciones; ¡qué de pobres, qué de desgraciados, qué de familias arruinadas por la causa de la fe subsistieron durante todo el curso de su vida inmensa profusión de sus limosnas! Derramábalas hasta los últimos términos de sus tres reinos, y haciéndolas extensivas hasta sobre los enemigos de la fe, templaba su amargura y los volvía al seno de la Iglesia. Así no sólo conservaba, sino que también aumentaba el pueblo de Dios. Eran innumerables las conversiones; testigos oculares Dos han dicho, que durante tres años que permaneció en la corte del rey, su hijo, sólo la capilla real, ha visto más de trescientas conversiones, sin hablar de otros conversos que abjuraban santamente sus errores en manos de sus limosneros. ¡Dichosa ella, que pudo conservar tan cuidadosamente la chispa de ese fuego divino que Jesús vino a encender en el mundo! Si algún día Inglaterra vuelve en sí, si esa preciosa levadura, santifica un día toda esa masa, a que fue mezclada por sus reales manos, la posteridad más remota celebrará las virtudes de la religiosa Enriqueta, y creará deber a su piedad la obra memorable, de la restauración de la Iglesia.

Si la historia de la Iglesia guarda agradecida la memoria de esta reina, no callará nuestra historia las ventajas que ha producido a su familia y a su patria. Esposa y madre, muy querida y muy venerada, reconcilió con Francia al rey, su esposo, y al rey su hijo, ¿Quién ignora que después de la memorable acción de la isla de Re, y durante el famoso sitio de la Rochela, esta princesa, pronto a aprovechar las coyunturas favorables, hizo se terminase la paz, que impidió a Inglaterra continuar socorriendo a los sublevados calvinistas? Y en estos últimos años después que nuestro gran rey, celando más el cumplimiento de su palabra y la salvación de sus aliados que su propio interés, declaró la guerra a los ingleses, ¿no fue ella también prudente y dichosa mediadora? ¿No reunió a los dos reinos? ¿Y posteriormente aún, no se dedicó a conservar aquella buena inteligencia? Esos cuidados preocupan ahora a nuestras altezas reales, y el ejemplo de una gran reina, así como la sangre de Francia y de Inglaterra, que habéis unido con vuestro dichoso enlace, debe inspiraros el deseo de trabajar sin descanso en la unión de dos reinos que os son tan afines, y cuya virtud y poder han de influir en los destinos de toda Europa.

Monseñor, no es tan sólo por esa mano valerosa y por ese grande corazón, como adquiriréis la gloria: en la calma de profunda paz hallareis los medios de distinguiros; y podéis servir al estado sin alarmarlo, como tantas veces lo habéis hecho exponiendo en medio de los grandes azares de la guerra una vida tan preciosa y tan necesaria como la vuestra. Este servicio, monseñor, no es el único que de vos se espera, que todo debe esperarse de un príncipe a quien la prudencia aconseja, el valor anima, y a quien la justicia acompaña en todas sus acciones. Mas mi celo me lleva lejos del triste objeto de mi oración. Deténgome a considerar las virtudes de Felipe sin pensar que os debo la historia de las desdichas de Enriqueta.

Confieso, al comenzarla, que siento más que nunca las dificultades de mi empresa. Que si miro de cerca los infortunios inauditos de tan grande reina, no hallo palabras con qué expresarlos; y mi espíritu, condolido por tantos indignos tratamientos hechos a la majestad y a la virtud, no se resolvería a precipitarse en medio de tantos horrores, si la constancia admirable con que esta princesa ha soportado sus desgracias, no sobrepusiese en mucho los crímenes que las causaron. Pero al mismo tiempo, cristianos, otro cuidado me agita: no es la que intento realizar obra humana; no soy aquí un historiador que debe desenvolver a vuestra vista los secretos del gobierno, el orden de las batallas, ni los intereses de los partidos; preciso será me eleve por encima del hombre, para que toda criatura tiemble ante los juicios de Dios. « Entraré con David en las potencias del Señor,» y os haré ver las maravillas de su mano y de sus decretos; decretos de justa venganza sobre Inglaterra, decretos de misericordia para la salvación de la reina, pero decretos señalados por el dedo de Dios, cuya huella es tan viva y manifiesta en los sucesos que voy a tratar, que no es posible resistir a su brillante luz.

Por alto que el ánimo se remonte para buscar la causa de los grandes cambios históricos, se hallará que hasta aquí han sido siempre causados o por la debilidad o por la violencia de los príncipes

En efecto, cuando los príncipes, olvidando los negocios públicos y los ejércitos, sólo se ocupan en la caza, como decía un historiador, fundan en el lujo su gloria, y sólo manifiestan inteligencia en la invención de nuevos placeres, o cuando arrebatados por su violento carácter, no guardan regla ni medida, privándose del respeto y del temor de sus súbditos, haciendo que los males que sufran les parezcan más insoportables que los que prevén lanzándose a la rebelión; entonces ora la licencia excesiva, ora la paciencia agotada, amenazan terriblemente la estabilidad de las casas reinantes.

Carlos I rey de Inglaterra, era justo, moderado, magnánimo, competente en los asuntos públicos, e instruido en los medios de gobernar. Nunca hubo un príncipe más digno de hacer que fuese la monarquía, no tan sólo venerable y sagrada, sino también amada por los pueblos. ¿Qué se le puede reprochar sino es la clemencia? Diré de él lo que un autor célebre ha dicho de César; que fue elemento hasta el punto de arrepentirse de su clemencia: *Cesari proprium et peculiare sit clementiae insigne, qua usque ad paenitentiam omnes superavit.* Quizá sea éste, si se quiere, el ilustre defecto de Carlos, como lo fue de César, pero que los que creen que todo es debilidad en los desgraciados y en los vencidos, no intenten persuadirnos por esto, de que faltó la fuerza a su ánimo, ni el vigor a sus determinaciones. Perseguido cruelmente por su infausta suerte, abandonado por los suyos, nunca se vio abandonado por su propio valor. No obstante el mal éxito de sus infortunadas empresas guerreras, si se pudo vencerle, no fue posible abatirlo; y así como jamás vencedor, dejó de ser razonable, jamás vencido, aceptó nada que le hiciese parecer débil o injusto. Cuéstate inmenso dolor el contemplar su grande corazón en sus últimos días de prueba. En ellos demostró que no es permitido a súbditos rebeldes amenguar la majestad de un rey poseído de ella; y cuantos lo han visto aparecer en Westminster y en la plaza de Whitehall, fácilmente pueden apreciar su intrepidez al frente de los ejércitos, su majestad augusta en su palacio y en medio de su corte. Gran reina, satisfago vuestros más tiernos deseos al celebrar a este monarca; y ese corazón que sólo para él vivió, despierta aunque hecho polvo, y aún bajo esos mortuorios paños, se hace sensible al oír el nombre de esposo tan

querido, a quien sus mismos enemigos conceden el título de prudente y de justo, y que será puesto por la posteridad en el número de los buenos príncipes, si su historia halla lectores cuyo juicio no se deje avasallar por los acontecimientos y por la fortuna.

Cuanto están instruidos en esos sucesos sostienen que el rey no había dado motivo ni pretexto a los sacrílegos excesos cuya memoria execramos, y acusan a la indomable fiereza de la nación: y confieso que en efecto, el odio a los parricidas puede inspirar esta idea. Y cuando se considera de más cerca la historia de ese gran reino, y en especial los últimos reinados, en los que se ve no tan solo a los reyes mayores de edad, sino también a los pupilos y a las reinas mismas, tan absolutas y respetadas, cuando se ve la increíble facilidad con que la religión ha sido destruida o restaurada por Enrique, por Eduardo, por María, por Isabel, no se halla entonces que la nación inglesa sea rebelde, ni sus parlamentos tan fieros y tan facciosos; por el contrario, preciso es reprochar a ese pueblo el que haya sido harto sumiso, puesto que sometió al yugo hasta su fe y su conciencia. No acusemos pues, ciegamente al carácter de los habitantes de la isla más célebre del mundo, que según los historiadores más fieles, tienen su origen en los antiguos galos; y no creamos que los Mercianos, los Daneses y los Sajones, hayan corrompido en ellos la sangre heredada de nuestros padres, y que hayan sido capaces de llegar a tan bárbara conducta, si otras causas no hubiesen en ella influido. ¿Qué es pues, lo que les ha impulsado? ¿Qué fuerzas, qué trasportes, qué intemperancias han sido causa de esas agitaciones y de esas violencias? No lo dudemos, cristianos; las falsas religiones, el libertinaje de las almas, el furor de disputar eternamente acerca de las cosas divinas, ha sublevado los ánimos. He ahí los enemigos que ha tenido que combatir la reina, y que ni con su prudencia, ni con su dulzura, ni con su firmeza, pudo vencer.

Algo he dicho ya de la licencia que de las almas se apodera cuando se conmueven los fundamentos de la religión, y se alteran los límites trazados. Mas como el asunto que trato me suministra un ejemplo manifiesto y único en todos los siglos de dichos funestísimos excesos, se me hace necesario volver a su comienzo, y conducirlos paso a paso a través de todos los crímenes a que lanza a los hombres el desprecio de la antigua religión y de la autoridad de la Iglesia.

Así pues, el origen de todo el mal es que aquellos que no han temido intentar en el pasado siglo la reforma por medio del cisma no hallando contra sus innovaciones baluarte más firme que la santa autoridad de la Iglesia, se vieron obligados a echarla por tierra. Así, los decretos de los concilios, la doctrina de los Santos Padres y su sagrada unanimidad, la antigua tradición de la Santa Sede y de la Iglesia Católica, no fueron ya como en otros tiempos, leyes sagradas e inviolables; constituyese cada individuo en tribunal árbitro de su propia creencia; y aún cuando parece que los innovadores querían retener las almas, encerrándolas en los límites de la Santa Escritura, como esto sólo se verificaba a condición de que cada fiel sería un intérprete, creyendo que el Espíritu-Santo le inspiraba, nada había de particular que se imaginase autorizado por esta doctrina para adorar sus invenciones, para consagrar sus errores, para llamar divino a todo lo que pensase. Previsto estaba que, careciendo de freno la licencia, las sectas se multiplicarían hasta lo infinito, que la tenacidad sería invencible, y que en tanto los unos no cesarían en sus disputas, en quedarían a sus ensueños el carácter de inspiraciones, los otros, fatigados por tan locas fantasías, y no pudiendo reconocer en adelante la majestad de la religión por tantas sectas desgarrada,

macharían al fin a buscar un funesto reposo y entera independencia, en la libertad de las religiones o en el ateísmo.

Tales son, y más perniciosos aún, los efectos naturales de esa nueva doctrina. Que así como el agua desbordada no lleva a cabo, en todas partes los mismos desastres, porque su rápida corriente no halla en todas partes las mismas pendientes e iguales obstáculos y así por más que el espíritu de independencia y de rebelión sea generalmente común a todas las herejías de estos últimos siglos, no ha producido universalmente los mismos efectos; se ha ceñido a diferentes límites según se los imponían el temor o los intereses, o el capricho de los individuos y de las naciones, o en fin, la divina voluntad, que cuando le place encauza secretamente las pasiones de los hombres más violentos. Que si se hubiese mostrado claramente a Inglaterra y su malignidad, si se hubiera declarado sin reserva, los reyes no la habrían sufrido; mas también los reyes han favorecido su causa. Han demostrado a los pueblos sobradamente que la antigua religión podía cambiarse. Los súbditos han cesado de reverenciar las máximas religiosas cuando las han visto ceder a las pasiones y a los intereses de sus príncipes. Removidas estas tierras, incapaces de consistencia, han caído por doquiera dejando ver tan sólo espantosos precipicios; este nombre doy a tantos errores extravagantes y temerarios como han aparecido en nuestros días. No creáis que hayan conmovido a los pueblos tan sólo las querellas del episcopado, o las sutilezas acerca de la liturgia anglicana. Estas disputas no eran aún más que los preludios, con que aquellos turbulentos espíritus hacían el ensayo de su libertad; algo más violento se agitaba en el fondo de los corazones; era el secreto descontento de cuanto revestía el carácter de autoridad, y una especie de comezón de perpetuas innovaciones, desde que se vio palpable el ejemplo de la primera.

Así, pues, los calvinistas, más atrevidos que los luteranos, han servido para formar a los socinianos que han ido más lejos que ellos y que de día en día aumentan con ellos sus filas. Las infinitas sectas de los anabaptistas tienen el mismo origen; y sus opiniones mezcladas al calvinismo, han dado vida a los independientes, libres de todo freno y entre los cuales se ve a los tembladores fanáticos, que creen que todos sus ensueños les son inspirados, y los que se llaman buscadores, a causa de que diez y siete siglos después de Jesucristo aún buscan la religión sin encontrarla.

De esta suerte, señores, las almas, una vez perturbadas, caen de ruina en ruina, y se dividen en innumerables sectas. En vano creyó contenerlas el rey de Inglaterra en la vertiginosa pendiente, conservando el episcopado, porque ¿qué pueden hacer obispos que por sí mismos aniquilan la autoridad de sus cátedras, y el respeto debido a la sucesión, condenando abiertamente a sus predecesores hasta el origen mismo de su consagración, es decir, hasta el papa San Gregorio, y el santo monje Agustín su discípulo, primer apóstol de la nación inglesa? ¿Qué es el episcopado cuando se separa de la iglesia, qué es su todo, así como de la Santa Sede, qué es su centro para servir de apoyo contra su naturaleza, a la monarquía y a su jefe» Estos dos poderes de un orden tan diferente no se unen sino embarzándose mutuamente cuando se les confunde; y la majestad de los reyes de Inglaterra habría sido más inviolable, si satisfecha de sus sagrados derechos, no hubiese querido asumir los derechos y la autoridad de la Iglesia. Por eso nada ha sido bastante a contener la violencia de los ánimos fecundos en errores; y Dios para castigar la irreligiosa inestabilidad de ese pueblo, lo ha entregado a la intemperancia de su loca curiosidad; de

manera que el ardor de sus insensatas disputas y su arbitraria religión llegó a ser el más peligroso de sus males. No debe asombrarnos de que perdiese el respeto a la majestad y a las leyes, y se hiciera rebelde, faccioso y tenaz. Enérvase la religión cuando se la cambia y se le quita el poder único, capaz de contener a los pueblos. Tienen algo de inquieto en el corazón que se escapa, si se les quita ese freno necesario; y nada puede ya prohibírseles si se les permite disponer como amos de su religión. De aquí ha nacido ese pretendido reinado de Cristo, hasta entonces desconocido en el cristianismo, que debía destruir todo poder real y hacer iguales a todos los hombres, sueño sedicioso de los independientes, impía y sacrílega quimera; tan cierto es que todo se convierte en revuelta y pensamientos sediciosos cuando la autoridad de la religión es aniquilada ¿Mas para qué buscar pruebas de una verdad que el Espíritu-Santo ha pronunciado en una sentencia manifiesta? Dios mismo amenaza a los pueblos que alteran la religión por él establecida de retirarse de ellos, y entregarlos a las guerras civiles. Escuchad como habla por boca del profeta Zacarías. «Su alma, dice el Señor, ha variado con respecto a mí, al cambiar tan frecuentemente de religión, y yo les he dicho, os abandonaré a vosotros mismos y a vuestro cruel destino. Que lo que debe morir que muera; que lo que debe ser cortado, se corte.» ¿Entendéis estas palabras? «Y que los que queden se devoren os unos a los otros.» ¡Oh!, ¡profecía con tanta realidad y tan verdaderamente cumplida! Razón sobrada tenía la reina para creer que no había medio de remover las causas de las guerras civiles sino volviendo a la unidad católica que ha hecho florecer tantos siglos la Iglesia y el trono de Inglaterra, al par de las más santas Iglesias, y los tronos más ilustres del mundo. Así cuando esta piadosa princesa servía a la Iglesia, creía servir al Estado; creía asegurar súbditos al rey, conservando fieles a Dios. La experiencia ha justificado sus sentimientos; y en verdad que su hijo, el rey, no ha hallado entre sus servidores otros más firmes y fieles que aquellos católicos tan odiados, tan perseguidos, y que la reina madre había salvado. En efecto, a la vista está, que siendo la separación y la rebeldía contra la autoridad de la Iglesia, el origen de que se derivan todos los males, nunca se hallarán los remedios sino os vuelve a la sumisión y a la unidad antiguas. El desprecio a esta unidad ha dividido a Inglaterra. Y si me preguntáis, como tantas facciones opuestas y tantas sectas incompatibles, que aparentemente debieran destruirse las unas a las otras, han podido conspirar juntas con tal tenacidad contra el trono real, en breve os lo diré.

Había allí un hombre de increíble profundidad de ánimo, hipócrita refinado tanto como hábil político, capaz de toda empresa y de todo disimulo, igualmente activo en la paz y en la guerra, que nada dejaba al azar en tanto pudiese contar con la previsión y el consejo; y por lo demás tan vigilante y pronto a todo, que jamás desatendió las ocasiones que se le presentaron de secundar a la fortuna; en fin, uno de esos hombres inquietos y audaces que parecen nacidos para trastornar el mundo. ¡Cuán azarosa es la suerte de esas almas, y cuán funesta su audacia! Mas ¡qué no hacen también cuando a Dios le place servirse de ellas! Fue dado a aquél de quien nos ocupamos extraviar a los pueblos y prevalecer contra los reyes. Porque habiendo notado, que en la infinita balumba de las sectas sin reglas fijas a que atenerse, el placer de dogmatizar sin freno ni oposición por parte de ninguna autoridad eclesiástica ni secular, era el encanto que se posesionaba de los ánimos, supo aliarlos tan bien bajo ese punto de vista, que hizo un cuerpo terrible de aquel monstruoso conciliábulo. Una vez hallado el medio de apoderarse de la multitud por el señuelo de la libertad, síguelo como ciega, aunque de ella tan solo entienda el nombre. Los pueblos seducidos por el primer objeto que los había entusiasmado, marchaban siempre sin mirar que marchaban a la

servidumbre y su hábil guía, que combatiendo, dogmatizando, aparentando mil personajes distintos, haciendo papel de doctor y de profeta, lo mismo que de soldado y de capitán, vio que había encantado hasta tal punto a las gentes, que el ejército lo miraba como jefe enviado por Dios para proteger la independencia, comenzó a apercibirse de que aún podía llevarlo más lejos. No os narraré la afortunada serie de sus empresas, ni sus famosas victorias, indignas de la virtud, ni esa prolongada tranquilidad de que disfrutó asombrando al mundo. Dios había decretado aleccionar a los reyes en el respeto debido a la Iglesia. Quería descubrir por medio de un grande ejemplo cuanto puede la herejía, cuán indócil es e independiente y cuán fatal a la monarquía y a toda autoridad legítima. Por otra parte, cuando Dios ha elegido a alguno para instrumento de sus designios, nada es capaz de contener su carrera; encadena, ciega, doma, todo lo que le opone resistencia. «Yo soy el Señor, dice por boca de Jeremías; soy yo el que ha hecho la tierra con los hombres y los animales, y yo la pongo en las manos de quien me place; y ahora he querido someter esas tierras a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi servidor.» Aunque infiel a su ley lo llama su servidor, a causa de que lo había nombrado ejecutor de sus decretos; «Y ordenó que todo sea sometido hasta los animales,» tan cierto es que todo se doblega, todo se abate cuando Dios lo manda. Mas escuchad como sigue la profecía: «Quiero que esos pueblos le obedezcan, y que obedezcan también a su hijo, hasta que lleguen los tiempos de unos y de otros.» Ved, cristianos como los tiempos se señalan; como las generaciones se cuentan: Dios determina hasta cuándo debe durar el sueño y cuándo debe despertar el mundo.

Tal ha sido la suerte de Inglaterra. Mas en medio de la espantosa confusión de todas las cosas, consuela el ánimo el bello espectáculo de las empresas de la grande Enriqueta para lograr la salvación del reino; sus viajes, sus negociaciones, sus tratados, todo lo que su prudencia y su valor oponían al infortunio del Estado, y en fin, su constancia que si no pudo vencer la violencia del destino adverso, pudo al menos contrastarlo noblemente. Todos los días conquistaba el ánimo de alguno de los rebeldes, y temiendo que faltasen de nuevo, puesto que una vez habían faltado, quería que hallasen refugio en su palabra. El gobernador de Sharborough en sus manos puso este puerto y castillo inaccesible. Los dos Hotham, padre e hijo, que habían dado el primer ejemplo de perfidia, rehusando al mismo rey la entrada en la fortaleza y puerto de Hull, eligieron a la reina como mediadora, y debían entregar al rey dicha plaza con la de Beverley, pero fueron descubiertos y decapitados, que Dios quiso castigar su vergonzosa desobediencia con la mano de los mismos rebeldes, no permitiendo que el rey aprovechase su arrepentimiento. La reina había ganado también a un corregidor de Londres, hombre de grande influencia, y a otros muchos jefes de la facción. Casi todos los que la hablaban se rendían a sus pies; y si Dios no hubiese sido inflexible, si la ceguedad de los pueblos no hubiese sido incurable, ella habría aplacado los ánimos, y el partido más justo habría sido el más fuerte.

Sabido es, señores, que la reina expuso frecuentemente su vida en esas conferencias mas voy a haceros presenciar mayores azares. Habíanse apoderado los rebeldes de los arsenales y depósitos; y no obstante la traición de tantos súbditos, no obstante la infame deserción del mismo ejército, más fácil era al rey hallar soldados que armarlos. La reina abandona para adquirir armas y municiones, no tan sólo sus joyas, sino también el cuidado de su vida. Lánzase al mar en el mes de Febrero, a pesar del invierno y de las tempestades; y con el pretexto de conducir a Holanda a la princesa real su hija mayor, que había sido casada con Guillermo, príncipe de Orange, marcha para comprometer a los Estados en la defensa de los

intereses del rey, ganar oficiales a su servicio, traerle municiones. No la había aterrado el invierno cuando partió de Inglaterra; el invierno no la detuvo once meses después cuando la fue preciso volver al lado del rey; pero el éxito no fue dichoso. Me estremece el relato tan sólo de la tempestad furiosa que combatió a sus naves durante seis días. Alarmáronse los marinos hasta perder el valor, y algunos entre ellos se arrojaron a las olas. Ella, tanto más intrépida, cuando más encrespadas las olas, alentaba el ánimo de todo el mundo, con su firmeza inquebrantable. Excitaba a los que la acompañaban a esperar en Dios, en quien tenía puesta toda su confianza, y para alejar de sus ánimos las ideas funestas de muerte que por doquiera les amenazaba, decía con serenidad que parecía capaz de calmar los elementos, que las reinas no se ahogaban. ¡Ay, reservada estaba para algo más extraordinario! no por haberse salvado del naufragio fueron menos deplorables sus infortunios. Vio perecer sus bajeles y casi toda la esperanza de grandes auxilios. El navío almirante, donde estaba la reina, conducido por aquél que domina los abismos del mar, y que doma las revueltas ondas, tuvo que arribar a los puertos de Holanda, y todos los pueblos se asombraron de tan milagrosa salvación.

Aquellos que escapan de un naufragio dan eterno adiós al mar y a los bajeles; y como decía un antiguo autor, no pueden ni siquiera soportar su vista. No obstante, once días después, ¡oh resolución asombrosa!, la reina, apenas libre de tan espantable tormenta, apremiada por el deseo de ver al rey y de socorrerle, aún se atreve a entregarse a la furia del Océano y al rigor del invierno; reúne algunos bajeles que carga de soldados y de municiones y vuelve al fin a Inglaterra. Pero ¿a quién no asombra el cruel destino que afligía a esta princesa? Después de haberse salvado del furor de las olas otra tempestad tan fatal como esta le amenaza; cien cañones tronaron sobre ella a su llegada, y la casa en que entró fue atravesada por las balas. ¡Cuánta serenidad demostró en tan espantoso peligro! ¡Y cuánta clemencia después para el autor de tan negro atentado! Trajéronlo prisionero al poco tiempo, y ella perdonó su crimen, entregándolo por todo suplicio, a su propia conciencia y a la vergüenza de haber atentado contra la vida de princesa tan buena y generosa; ¡hasta tal punto estaba por encima de los sentimientos de venganza, como de los de temor! Mas ¿no la veremos nunca al lado del rey que desea tan ardientemente su vuelta? Arde ella en el mismo deseo y ya la veo ostentar nuevo aparato. Marcha como un general a la cabeza de real ejército, atravesando provincias ocupadas casi todas por los rebeldes; de paso sitia y toma por asalto una plaza de importancia que se oponía a su marcha; triunfa, perdona, y al fin el rey acude a recibirla en los campos donde el año anterior había obtenido señalada victoria sobre el general Essex. Una hora después llegaba la noticia de una batalla ganada. Todo parecía prosperar con la llegada de la reina; estaban los rebeldes consternados, y si la reina hubiese sido creída, si en vez de dividir los ejércitos reales y de entretenerles contra su parecer, en los infortunados asedios de Hull y de Gloucester, hubiesen marchado sobre Londres, se habría decidido la suerte y terminado la guerra en aquella campaña. Pero se perdió la ocasión, el término fatal se aproximaba, y el cielo que parecía suspender la venganza que meditaba en gracia a la piedad de la reina, comenzó a revelar sus designios. «Sabes vencer, decía un valiente africano al general más hábil de todos los tiempos, pero no sabes aprovechar la victoria. Roma, que estaba en tu poder se te escapa, y el destino enemigo te arrebató ya los medios, ya el pensamiento de apoderarte de ella.» Desde este momento desgraciado, todo marchó en visible decadencia, y los sucesos se precipitaron. La reina, que se encontraba en cinta, y que no había logrado con toda su influencia que se abandonasen aquellos dos asedios, no obstante su mal éxito, se sintió desfallecer, y todo el

Estado con ella desfalleció. Viose obligada a separarse del rey, que se encontraba casi sitiado en Oxford; diéronse un adiós bien triste, aunque no preveían fuese el último. La reina se retiró a Exeter, plaza fuerte, donde fue bien pronto sitiada a su vez, Dio a luz a una princesa, y a los doce días tuvo que emprender la huida para refugiarse en Francia.

¡Princesa, cuyos destinos tan grandes y gloriosos, preciso fue que nacierais en poder de los enemigos de vuestra casa! ¡Oh Eterno! velad sobre ella; ángeles santos, formad en torno de ella vuestras legiones invisibles, y guardad la cuna de una princesa tan grande y desamparada! Está destinada al sabio y valeroso Felipe, debe a la Francia, príncipes dignos de él, dignos de ella y de sus antepasados. Dios la ha protegido, señores; su aya, dos años después sacó a la preciosa niña de manos de los rebeldes, y aunque ignorante de su cautividad, sintiendo su grandeza, ella misma se descubre, cuando, rechazando todo otro nombre, se obstinó en decir que era la princesa; y al fin fue conducida a los brazos de la reina su madre, de la que fue el consuelo durante sus infortunios, en tanto no hace la felicidad de un príncipe excelso y la alegría de toda la Francia. Pero interrumpo el orden de mi narración. He dicho que la reina se vio forzada a abandonar su reino. En efecto, partió de los puertos de Inglaterra a la vista de los bajeles de los rebeldes, que la persiguieron de tan cerca, que pudo oír casi sus gritos y sus insolentes amenazas. ¡Viaje bien distinto de aquel que había llevado a cabo sobre el mismo mar, cuando arribaba a tomar posesión del cetro de la Gran Bretaña, y veía, por decirlo así, encorvarse las ondas bajo sus plantas como sometidas a la señora de los mares! Ahora expulsada, perseguida por sus implacables enemigos que habían tenido la audacia de formarle un proceso, unas veces en salvo, otras casi presa, cambiando de fortuna a cada cuarto de hora, no teniendo en su favor más que a Dios y a su inquebrantable ánimo, no había bastante viento ni bastantes velas para favorecer su precipitada fuga. Mas al fin arriba a Brest, donde después de tantos trabajos le fue permitido reposar un tanto.

Cuando considero los peligros extremos y continuos que ha corrido esa princesa sobre el mar y sobre la tierra durante cerca de diez años, y veo por otra parte que todas las tentativas contra su persona son inútiles, en tanto que contra el Estado todo obtiene favorable éxito, ¿qué otra cosa pensar si no que la Providencia, consagrada tanto a poner en salvo su vida como a destruir su poder, ha querido que sobreviviese a su grandeza, a fin de que pudiese resistir a las seducciones del mundo, y a los sentimientos de orgullo, que corrompen en mayor grado las almas según son más grandes y más elevadas? Fue éste un propósito semejante al que abatió en otro tiempo a David bajo la mano del rebelde Absalon. «¿Veis a ese gran rey, dice el santo y elocuente sacerdote de Marsella, le veis sólo, abandonado, de tal suerte abatido en el ánimo de los suyos, que se convierte en objeto de desprecio para los unos, y lo que aún es más insoportable para un alma valerosa, objeto de piedad para los otros? No sabiendo, prosigue Salviano, de cuál de estas desdichas lamentarse más, si de que Siba le alimentase o de que Semeí tuviese la insolencia de maldecirlo.» He ahí señores, una imagen, aunque imperfecta de la reina de Inglaterra, cuando después de tan inauditas humillaciones, fue obligada a aparecer en el mundo y a ostentar, por decirlo así, a los ojos mismos de Francia, y en el Louvre, donde había nacido en medio de tanta gloria el espectáculo de su infortunio y miseria. Pudo entonces decir con el profeta Isaías: «El Señor de los ejércitos ha hecho estas cosas para aniquilar todo el fausto de las grandezas humanas, y tornar en ignominia lo que el universo mostraba como más augusto.» Y no es por cierto que faltase Francia a la hija de Enrique el Grande; Ana, la magnánima, la piadosa, a quien

nunca nombramos sin tristeza, la recibió de una manera conveniente a la majestad de las dos reinas; juzgad cuál sería el estado de estas dos princesas, no siendo posible que la situación del reino proporcionase a la prudente regenta los medios de poner coto al mal; Enriqueta, dotada de gran corazón, no quería doblegarse a solicitar socorros; Ana, también de animoso corazón, no podía prestarlos en cantidad suficiente. Si hubiera sido posible anticipar estos bellos años, cuyo glorioso curso admiramos ahora, Luis, que de tan lejos oye los lamentos de los cristianos afligidos, y cuya sabiduría en el consejo, y cuya rectitud de intenciones le favorecen siempre, no obstante la incertidumbre de los sucesos, y emprende por sí sólo la defensa de la causa común, y lleva sus temidas armas al través de inmensos espacios del mar y de la tierra; ¿hubiera rehusado el auxilio de su brazo a sus vecinos, a sus aliados, a su propia sangre, a los sagrados derechos de la monarquía, que tan enérgicamente sabía mantener? ¿Con qué poder lo habría visto Inglaterra invencible defensor o vengador personal de la majestad violada! Pero Dios no había dejado ningún recurso al rey de Inglaterra; todo le faltaba, todo le era adverso; los escoceses, a quienes se había entregado, lo venden a los parlamentarios ingleses, de suerte que los guardianes fieles de nuestros reyes, hacen traición al suyo en tanto el Parlamento de Inglaterra piensa en licenciar el ejército, este ejército, independiente en su totalidad, reforma a su modo el Parlamento, que había refrenado algo, y se hace dueño de todo. Así pues, el rey es conducido de cautividad en cautividad; y la reina agita en vano a Francia, a Holanda, y hasta a Polonia, y, a las potencias del Norte más lejanas. Reanima a los escoceses que arman treinta mil hombres; con el duque de Lorena, intenta dar libertad al rey, empresa que pareció de éxito infalible, de tal manera se había preparado; se separa de sus queridos hijos, la única esperanza de su casa, confesando esta vez que en medio de los dolores más grandes aún es posible la alegría, consuela al rey, que desde su prisión le escribe, que ella sola sostiene su espíritu, y que no temiera de él ninguna baja, porque sin cesar recuerda que es de ella, ¡Oh madre! ¡oh mujer! ¡oh reina admirable y digna de mejor fortuna si las fortunas de la tierra fuesen algo! Preciso es al fin ceder a vuestra suerte; harto tiempo habéis sostenido al Estado, que una fuerza divina e invencible ataca; nada os queda que hacer sino manteneros firme en medio de esas ruinas.

Como una columna cuya sólida masa parece el más firme apoyo de un templo ruinoso, cuando la grande fábrica que sostenía gravitaba sobre ella sin abatirla; así la reina parece el firme sustentáculo del Estado, cuando después de haber llevado largo tiempo la carga, no se ha abatido bajo el peso de su estruendosa caída.

¿Quién, no obstante, podrá expresar su justo dolor? ¿Quién podrá contar sus lamentos? No, señores, Jeremías mismo, que parece el único capaz de elevar el lamento a la altura del infortunio, no bastaría a expresar tamañas tristezas. Ella exclama con este profeta: Ved, Señor, mi aflicción; mi enemigo se ha fortificado y mis hijos se han perdido; el cruel ha puesto su mano sacrílega sobre lo que me era más querido; el trono ha sido profanado y hollados los príncipes bajo los pies. Dejadme, llorará amargamente; no intentéis consolarme. La espada ha herido fuera de mí, pero siento en mí mismo una muerte semejante.»

Mas ahora que hemos escuchado sus lamentos, santas jóvenes, sus queridas amigas, (porque así quería llamaros), vosotras que la habéis visto gemir ante los altares de su único protector, vosotras en cuyo seno vertía los secretos consuelos que atesoraba, poned término

a este discurso narrando los cristianos sentimientos de que habéis sido testigos fieles; cuántas veces, en este sitio dio humildes gracias a Dios por estas dos mercedes: una la de haberla hecho cristiana, la otra, señores, ¿cuál creéis que fuese? ¿Tal vez la de haber restaurado el trono del rey su hijo? No, la de haberla hecho reina desventurada. ¡Ah! comienzo ahora a deplorar el reducido espacio del sitio en que hablo; preciso era tronar, atravesar este recinto, hacer que retumbase a lo lejos una voz que no puede ser bastantemente difundida. ¡Cuánta sabiduría le infundieron sus dolores en la creencia del Evangelio, y cuán bien conoció la religión y la virtud de la cruz, cuando unió el cristianismo a sus infortunios! Las grandes prosperidades nos ciegan, nos trasportan, nos embriagan, nos hacen olvidar a Dios y a los sentimientos de la fe; de ahí nacen los monstruos del crimen, los refinamientos del placer, las delicadezas del orgullo, que sirven de fundamento a estas terribles maldiciones lanzadas por Jesucristo en el Evangelio; «¡Ay de los que reís! Ay de vosotros que estáis llenos y contentos del mundo.» Por el contrario, como el cristianismo ha nacido al pie de la cruz, las desdichas lo fortifican; allí se expían los pecados allí se depuran las intenciones; allí se llevan los deseos de la tierra al cielo; allí se pierde el gusto por las cosas del mundo, y se cesa de confiar y de apoyarse en uno mismo y en su propia prudencia. Preciso es no envanecerse, pues los más experimentados incurren en faltas capitales; pero ¡cuán fácilmente nos otorgamos el perdón de nuestras faltas, si el éxito nos las perdona!, ¡y con cuánta prontitud nos creemos los más ilustrados y los más hábiles siempre que somos los más elevados y los más dichosos! El mal éxito es el sólo maestro que puede reprendernos útilmente, y arrancarnos la confesión de nuestros errores, que tanto cuesta al orgullo. Entonces, cuando la desgracia nos abre los ojos, recordamos con amargura nuestros malos pasos; nos sentimos igualmente abrumados por lo que hemos hecho, y por lo que hemos dejado de hacer, y no sabemos cómo excusar esa prudencia presuntuosa que se creía infalible; vemos que tan sólo Dios es sabio; y deplorando en vano las faltas que han causado nuestra ruina, reflexiones más sensatas y maduras nos enseñan a deplorar las que nos han hecho perder la eternidad, con ese singular consuelo que las repara llorándolas.

Dios mantuvo sin descanso doce años, sin consuelo alguno de parte de los hombres, a nuestra infortunada reina (démosle este título del cual hizo un motivo de acciones de gracia) haciéndole estudiar bajo su mano, duras, pero severas lecciones. En fin, enternecido por sus súplicas y por su humilde paciencia, restableció su casa real: Carlos II es reconocido y la injuria hecha a los reyes vengada. Vuelven sobre sí mismos de pronto aquellos a quienes las armas no pudieron vencer, ni aplacar los consejos; desencantados de su libertad, detestaron al fin sus excesos, avergonzados de haber tenido en sus manos tanto poder, y sintiendo horror hacia sus propios triunfos. Sabemos que ese magnánimo príncipe pudo apresurar la buena marcha de sus asuntos sirviéndose de la mano de aquellos que se ofrecían a terminar de un sólo golpe la tiranía: su grande alma desdeñó medios tan bajos; creyó que en cualquier estado que los reyes se vieses, era deber suyo no obrar sino por medio de las leyes o de las armas. Esas leyes, protegidas por él, lo han restablecido casi por sí solas: reina gloriosa y apaciblemente sobre el trono de sus antepasados, y hace reinar con él la justicia, la sabiduría y la clemencia.

Inútil es decirnos cuánto consoló a la reina este suceso maravilloso: mas, había aprendido en sus desgracias a no cambiar en tan grande cambio de su estado: el mundo una vez desterrado no debía volver a posesionarse de su corazón. Vio con asombro que Dios, que

había hecho inútiles tantas empresas y esfuerzos, en espera de la hora por él marcada, cuando llegó, tomó como por la mano al rey, su hijo, para conducirlo a su trono. Sometiose mas que nunca a esa mano soberana que rige desde lo alto de los cielos las riendas de todos los imperios; y desdeñando los tronos que pueden ser usurpados, uniose estrechamente al reino donde no hay que temer encontrar iguales, y donde se ve sin celos a los que a él aspiran. Penetrada por estos sentimientos, amó esta humilde casa más que sus palacios; no se sirvió más de su poder que para amparar la fe católica, para multiplicar sus limosnas, y para consolar con más esplendidez a las familias emigradas de los tres reinos y a todos los que se habían arruinado a causa de la religión o en el servicio del rey. Recordad con qué circunspección hablaba del prójimo y cuánta aversión profesaba a las palabras emponzoñadas de la maledicencia. Sabía cuanto pesa no tan sólo la menor palabra, sino también el silencio de los príncipes, y cuánto imperio adquiere la maledicencia una vez que se la deja penetrar en su augusta presencia. Los que la veían atenta a calcular el peso de todas sus palabras, creían con razón que se hallaba siempre bajo la mirada de Dios, y que imitadora fiel de la institución de Santa María, jamás perdía la santa presencia de la majestad divina. También evocaba a mentido ese precioso recuerdo por la oración y por la lectura del libro de la Imitación de Cristo, donde aprendía a ajustarse al verdadero modelo de los cristianos. Velaba sin descanso sobre su conciencia. En pos de tantos males y de tantos azares, no conocía otros enemigos que sus pecados, sin que ninguno le pareciese ligero; hacía de ellos riguroso examen, y expiándolos cuidadosamente con penitencias y limosnas, tan bien preparada estaba, que la muerte no pudo sorprenderla, por más que vino bajo las apariencias del sueño. ¡Ha muerto esta grande reina! Y con su muerte deja eterno recuerdo no tan sólo a SS. AA. que fieles en el cumplimiento de todos sus deberes, tuvieron para ella tan sumisos sinceros y perseverantes respetos, sino también a todos los que tuvieron el honor de servirla o de conocerla. No lloremos más sus infortunios que hoy constituyen su felicidad. Si hubiese sido más afortunada habría sido su historia más pomposa, pero sus obras serían menos completas; y con títulos soberbios habría quizá aparecido vacía de méritos ante Dios. Puesto que ha preferido la cruz al trono y ha colocado sus penas en el número de las mayores gracias, recibirá los consuelos prometidos a los que lloran. ¡Que el Dios de las misericordias acepte sus aflicciones como un sacrificio agradable, que la dé un puesto en el seno de Abraham, y que satisfecho de sus infortunios, libre en adelante a su familia y al mundo, de tan terribles lecciones!

Oración fúnebre de Enriqueta-Ana de Inglaterra, Duquesa de Orleans

Pronunciada en Saint-Denis el día 21 de Agosto de 1670

Vanitas vanitatum, dixit Ecclesias, vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

«Vanidad de vanidades, ha dicho el Eclesiastés, vanidad de vanidades; todo vanidad.»
(Eccl. 1.)

MONSEÑOR.

Destinado estaba aún a rendir este fúnebre deber a la muy alta y muy poderosa princesa Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans. ¡Ella, a quien había visto tan atenta en tanto rendía el mismo tributo a la reina su madre, debía ser poco después objeto de un discurso semejante! ¡Y a mi triste voz estaba reservado este deplorable ministerio! ¡Oh vanidad!, ¡oh mortales ignorantes de su destino! ¿Lo hubiese creído ella hace diez meses? Y vosotros, señores, ¿habrías pensado, en tanto ella vertía tantas lágrimas en este lugar, que debíais reuniros tan pronto para llorarla a ella misma? Princesa, objeto digno de la admiración de dos grandes reinos, no era bastante que Inglaterra llorase vuestra ausencia, sino que ha sido preciso lamentar también vuestra muerte? Y la Francia que os había visto con tanta alegría, rodeada de nuevo brillo no tenía para vos otras pompas y otros triunfos, a la vuelta de ese famoso viaje de que habíais traído tanta gloria y tan bellas esperanzas? «Vanidad de vanidades y todo vanidad.» En tan justificado y sensible dolor, en accidente tan extraordinario, ésta es la única palabra que me queda, la única reflexión que me permito. No he recorrido los libros sagrados para hallar texto que aplicar a esta princesa; he tomado sin estudio y sin elección las primeras palabras que el Eclesiastés me presenta, en las cuales aún cuando la vanidad se nombra a menudo, no se nombra todo lo que quisiera para la realización del plan que me propongo. Quiero en una sola desdicha deplorar todas las calamidades del género humano, y en una sola muerte hacer ver la muerte y la nada de todas las grandezas humanas. Ese texto que conviene a todos los estados y a todos los acontecimientos de nuestra vida, por una razón particular, es adecuado al lamentable asunto que voy a tratar, pues jamás las vanidades de la tierra se han visto tan claramente reveladas, ni tan solemnemente confundidas. No, después de lo que acabamos de ver, la salud no es más que un nombre, la vida no es más que un sueño, la gloria no es sino una apariencia, la belleza y los placeres no son más que peligrosos entretenimientos; todo en nosotros es vano, excepto la sincera confesión que hacemos ante Dios de nuestras vanidades y el juicio que nos hace despreciar cuanto somos.

Pero ¿digo la verdad? El hombre, que Dios ha formado a su imagen ¿no es más que una sombra? ¿El ser por el cual Jesucristo descendió del cielo a la tierra, el ser por el cual, sin creerse rebajado, derramó toda su sangre, no es nada? Reconozcamos nuestro error; ese triste espectáculo de las vanidades humanas se nos imponía; y las públicas esperanzas frustradas de pronto por la muerte de esa princesa, nos arrastraba demasiado lejos. No conviene permitir al hombre se desprecie del todo, no sea que llegue a creer como los impíos, que nuestra vida es un juego regido por el azar, y marche sin ley y sin norma de conducta a merced de sus ciegos deseos. Por eso, el Eclesiastés, después de haber comenzado su divina obra por las palabras que he recitado, después de haber llenado todas sus páginas del desprecio a las cosas humanas, muestra al hombre algo más sólido, y termina todo su discurso diciéndole: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre; y sabe que el señor examinará en su juicio todo lo que hayamos hecho bueno o malo.» Así todo es vano en el hombre si miramos lo que da al mundo, pero al contrario, todo es importante si consideramos lo que debe a Dios. Sí, repitémoslo, todo es vano en el hombre si miramos el curso de su vida mortal; pero todo es precioso, todo importante si contemplamos el término a que llega, y la cuenta que lo es preciso rendir.

Meditemos, pues, hoy a la vista de ese altar y de esa tumba la primera y última palabra del Eclesiastés; la una que muestra la nada del hombre, la otra que reconoce su grandeza. Que nos convenza de nuestra nada esa tumba, con tal de que ese altar, donde todos los días se ofrece por nosotros una víctima de tan grande precio, nos enseñe al propio tiempo nuestra dignidad; la princesa a quien lloramos será testigo fiel de la una y de la otra. Veamos lo que una muerte súbita le ha arrebatado; veamos lo que una santa muerte le ha dado.

Así aprenderemos a despreciar lo que ella ha abandonado sin pena, a fin de estimar lo que ha estrechado con tanto ardor, cuando su alma, depurada de todos los sentimientos de la tierra, y llena del cielo, a donde se aproximaba, vio toda la luz manifiesta. He aquí las verdades de que debo tratar y que creo dignas de ser expuestas a príncipe tan grande, y a la más ilustre asamblea del universo.

«Nos morimos todos,» decía la mujer cuya prudencia, elogia la Santa Escritura en el libro segundo de los Reyes, «y vamos sin cesar a la tumba así como aguas que se pierden y que no vuelven.» En efecto, nos parecemos todos a esas aguas corrientes. Por más que se envanezan los hombres de sus soberbias distinciones, todos tienen el mismo origen; y este origen es pequeño. Sus años se empujan sucesivamente como olas; no cesan de correr hasta que al fin, después de haber hecho un poco más o menos de ruido, y atravesado más o menos países los unos que los otros, van todos juntos a confundirse en un abismo, donde no se reconocen los príncipes ni los reyes, ni todas esas cualidades soberbias que distinguen a los hombres, a la manera de esos ríos tan ensalzados que pierden su nombre y su gloria al mezclarse en el Océano con los desconocidos riachuelos.

Y en verdad, señores, que si algo pudiese elevar a los hombres sobre su natural debilidad, si el origen que nos es común soportase alguna distinción sólida y durable entre los que Dios ha formado de la misma tierra ¿quién la tendría en el mundo como la princesa de quien hablo? Todo lo que puede hacer, no tan sólo el nacimiento y la fortuna, sino también las grandes cualidades del alma, para la elevación de una princesa se halla reunido y después aniquilado en la nuestra. Por cualquier lado que mire las huellas de su glorioso origen, sólo descubro reyes poderosos, y por doquiera me asombra el brillo de las más augustas coronas. Veo a la casa de Francia, la más grande del universo, y ante la cual las más poderosas casas reales, pueden ceder sin envidia, puesto que intentan derivar su gloria de ese manantial; veo a los reyes de Escocia, a los reyes de Inglaterra, que han reinado desde hace tantos siglos sobre una de las más belicosas naciones del mundo, más aun por su valor que por la autoridad de su cetro. Pero esta princesa nacida sobre el trono, tenía el talento y el corazón más altos que la cuna. No pudieron abatirla los infortunios de su casa en su primera juventud; y de entonces veíase en ella una grandeza que no debía a la fortuna. Hemos dicho con júbilo, que el cielo la había arrancado milagrosamente de manos de los enemigos del rey su padre, para darla a Francia; ¡don precioso, inestimable presente, si la posesión hubiese sido duradera! Mas ¿por qué este recuerdo viene a interrumpirme? ¡Ay!, no podemos fijar los ojos un momento sobre la gloria de la princesa, sin que la muerte se mezcle con ella para ofuscarlo todo con su sombra. ¡Oh muerte! aléjate de nuestro pensamiento, y déjanos engañar por breve tiempo la violencia de nuestro dolor con el recuerdo de nuestra ventura! Acordaos, señores de la alegría que la princesa de Inglaterra comunicaba a toda la corte, mejor que todas mis palabras vuestra memoria os la pintará con todos sus atractivos y su incomparable dulzura. Crecía en medio de las bendiciones de los

pueblos y los años no cesaban de aportarle nuevas gracias. La reina su madre, de la que fue siempre el consuelo, no la amaba con mayor ternura que Ana de España. Ana, bien lo sabéis señores, no hallaba nada superior a esa princesa. Después de habernos dado una reina, la sola capaz por su piedad y demás virtudes reales, de sostener la reputación de tan ilustre señora, quiso, para llevar a la familia lo que en el mundo había de más elevado que Felipe de Francia, su segundo hijo, se desposase con la princesa Enriqueta; y aunque el rey de Inglaterra, cuyo corazón está a la altura de su prudencia, sabía que la princesa su hermana, deseada por tantos reyes, podía honrar un trono, la vio con alegría ocupar en Francia el segundo lugar; que la dignidad de tan poderoso reino, bien puede compararse con las primeras del mundo.

Si su rango la distinguía, razón tengo para decir que aún era más distinguida por su mérito. Podía haceros notar que tan bien conocía las bellezas de las obras del ingenio que podía creerse haber llegado a la perfección cuando se lograba agradar a la princesa; podía añadir que los más sabios y experimentados admiraban su talento vivo y sutil que sin fatiga abarcaba los asuntos más arduos, y penetraba con tanta facilidad en los intereses más secretos. Mas ¿para qué extenderme en un punto, que puedo decir con una sola palabra? El rey, cuyo juicio es segura regla, estimaba la capacidad de la princesa, y con su estimación la ha colocado por encima de todos nuestros elogios.

No obstante, ni esa alta estima, ni esas grandes distinciones, lograron nunca alterar su modestia. No presumió jamás de sus esclarecidos conocimientos, y jamás sus propias luces la deslumbraron. Vosotros sois testigos de lo que digo, vosotros a quien la princesa honró con su confianza. ¿Qué ánimo habéis visto más elevado? Ni qué ánimo habéis hallado más humilde? Muchos, temerosos de parecer débiles, se hacen inflexibles ante la razón, y se afirman contra ella. Madama alejábese siempre tanto de la presunción como de la debilidad; era igualmente estimada por aquellos cuyos sabios consejos buscaba, y por aquellos a quienes podía darlos. Un estudio singular complacía a esta princesa, nuevo género de estudio, casi desconocido para las personas de su edad y de su rango y digamos también, si os parece, de su sexo. Estudiaba sus defectos; la complacía se le diesen lecciones sinceras; señal segura de un alma fuerte a quien las faltas no dominan, y que no temen mirarlas frente a frente poseídas de la confianza secreta en los recursos con que cuentan para vencerlas. El propósito de avanzar en el estudio de la prudencia, la aficionaba a la lectura de la historia, llamada con razón la sabia consejera de los príncipes. Allí los reyes más poderosos no tienen otro rango que el de la virtud, allí degradados para siempre por la mano de la muerte, sufren sin corte y sin séquito, el juicio de todos los pueblos y de todos los siglos; allí se descubre que el brillo que de la adulación procede es superficial, y que de nada sirven los falsos colores por industriosamente que se apliquen. Allí estudiaba nuestra admirable princesa los deberes de aquellos que con su vida forman la historia; allí insensiblemente perdió el gusto por las novelas caballerescas y sus insípidos héroes, y cuidando educarse sobre la realidad, despreció aquellas frías y peligrosas ficciones. Así, bajo un rostro riente, bajo aspecto juvenil que sólo juegos parecía prometer, ocultaba un buen sentido, una seriedad tales, que sorprendían a cuantos la trataban.

Podían confiársele sin temor los más graves secretos. ¡Alejad del tráfico de los negocios y de la sociedad de los hombres a esas almas sin fuerza así como sin fe, que no saben refrenar su indiscreta lengua! «Se parecen, dice el sabio, a una ciudad sin muros, abierta por

todas partes.» Y vienen a ser presa del primer advenedizo. ¡Cuán por encima de esta debilidad se hallaba la princesa! Ni la sorpresa, ni el interés, ni la vanidad, ni la magia de delicada lisonja o de dulce conversación, que a menudo, seduciendo el corazón, dejan escapar el secreto, eran bastantes para hacerle descubrir el suyo; y la seguridad que en esta princesa se hallaba, tan apropiada para entender en el manejo de los grandes intereses hacía que le confiasen los más importantes.

No penséis que quiera, a guisa de temerario intérprete de los secretos de Estado, discurrir acerca del viaje a Inglaterra, ni que imite a esos políticos especulativos que acomodando a sus propias ideas los propósitos de los reyes, redactan sin datos los anales de su siglo. Sólo diré de ese glorioso viaje que Madama fue admirada más que nunca. Hablábase con entusiasmo de la bondad de esta princesa, que, no obstante las divisiones demasiado frecuentes en las cortes, se captó inmediatamente todas las simpatías. No es posible celebrar bastante su increíble habilidad para tratar los asuntos más delicados, para apaciguar esas ocultas desconfianzas que a menudo los tienen en suspenso, y para terminar todas las divergencias de suerte que se conciliasen los más opuestos intereses. Más ¿quién podrá recordar sin verter lágrimas las demostraciones de estimación y de ternura que le hizo el rey su hermano? Este grande rey, capaz de apreciar más el mérito que el nacimiento, no se cansaba de admirar las excelentes cualidades de su hermana. ¡Oh incurable herida!, lo que en este viaje fue objeto de tan justa admiración, convirtióse para aquel príncipe en motivo de dolor sin límites. Princesa, digno lazo de los dos más grandes reyes del mundo, ¿por qué tan pronto le habéis sido arrebatada? Estos dos grandes reyes se conocieron merced a los cuidados de Madama; así sus nobles inclinaciones conciliaron sus ánimos, y entre ellos la virtud será inmortal mediadora. Mas si su unión nada pierde en firmeza, eternamente deploraremos que haya perdido su más dulce ornato, y que una princesa tan querida de todo el mundo haya sido lanzada en la tumba, en tanto la confianza de esos dos reyes poderosos, se elevaba al colmo de la grandeza y de la gloria.

¡La grandeza y la gloria! ¿Podemos aún oír esos nombres en este triunfo de la muerte? No, señores, no puedo repetir más esas grandes palabras, con las cuales la arrogancia humana intenta, aturdirse a sí misma para no notar su nada. Tiempo es de hacer ver que todo lo que es mortal, cualquiera cosa exterior con que se adorne para parecer grande, es por esencia incapaz de elevación. Escuchad con este motivo el profundo razonamiento, no de un filósofo que disputa en una escuela, o de un monje que medita en una celda; quiero confundir al mundo por medio de aquellos a quienes más reverencia el mundo, por medio de aquellos que mejor lo conocen, que no he de darles para que se convenza sino las palabras de sabios sentidos sobre el trono: « ¡Oh Dios! dice el rey profeta, medido habéis mis días, y mi sustancia nada es delante de ti.» Así es, cristianos, todo lo sometido a medida es finito; y todo lo nacido para morir apenas sale de la nada vuelve enseguida a hundirse en la nada. Si nuestro ser, si nuestra sustancia es nada todo lo que sobre ella construimos, ¿qué puede ser? Ni el edificio es más sólido que su base, ni el suceso que al ser atañe, más real que el mismo ser. En tanto la naturaleza nos mantiene tan bajos, ¿qué puede hacer la fortuna para elevarnos? Buscad, imaginad entre los hombres las diferencias más notables, no encontrareis ninguna más señalada, que más efectiva os parezca, que la que levanta al vencedor por encima de los vencidos, que contempla humillados a sus pies. No obstante, ese vencedor, infatuado con sus títulos, caerá también a su vez en los brazos de la muerte. Entonces, esos desdichados vencidos, llamarán en su compañía al soberbio vencedor; y del

huevo de sus tumbas saldrán estas palabras atronando a todas las grandezas: «Ahí estás herido como nosotros; y como nosotros fuiste.» No nos tiente la fortuna a salir de nuestra nada, ni a forzar la humildad de nuestra naturaleza.

Pero tal vez, a falta de la fortuna, las cualidades del alma, los grandes propósitos, los vastos pensamientos, ¿podrán distinguirnos del resto de los hombres? Guardaos bien de creerlo, porque todos los pensamientos que no tienen a Dios por objeto, entran dentro del dominio de la muerte. «Morirán, dice el rey profeta, y en ese día perecerán todos los pensamientos;» es decir, los pensamientos de los conquistadores, los pensamientos de los políticos, que en sus gabinetes imaginan propósitos en que envuelven al mundo entero. En vano se rodearán de infinitas precauciones; lo preverán todo excepto su muerte que en un instante les arrebatará todos sus pensamientos. Por esto el Eclesiastés, el rey Salomón, hijo del rey David, (porque debo mostraros la sucesión de una misma doctrina sobre un mismo trono), enumerando las ilusiones que alimentan los hijos de los hombres, incluso la sabiduría dice: «heme aplicado a la sabiduría y he visto que también es una vanidad,» porque existe una sabiduría falsa que, encerrándose en los límites de las cosas humanas, sepúltase con ellas en la nada. Así, pues, nada he hecho por Madama, al presentaros tantas bellas cualidades, que la hacían admirar por el mundo, y capaz de las más altas empresas a que puede elevarse una princesa. Hasta que comience a relataros por medio de qué lazos se unía a Dios esa ilustre princesa, aparecerá en este discurso, tan sólo como el ejemplo más grande que es posible proponer a los mortales, y el más capaz de persuadir a los ambiciosos de que no tienen medio alguno de distinguirse, ni por su nacimiento, ni por su grandeza, ni por su ingenio, puesto que la muerte, que todo lo iguala con tanto imperio, lo domina por doquiera, y con mano tan segura rápida y soberana, derriba las cabezas más respetadas.

Considerad, señores, esos grandes poderes que de tan bajo lugar contemplamos; en tanto, bajo su mano temblamos, Dios las hiere para enseñanza de todos. La causa de ello es su elevación; y Dios en tan poco los tiene, que no vacila en sacrificarlos para lección y enseñanza de los demás hombres. Cristianos, no murmuréis si Madama ha sido elegida para darnos tan severa lección; nada hay en esto que sea para ella duro, Puesto que como más adelante veréis, Dios la salva por el mismo golpe que nos sirve, de lección. Debiéramos estar harto convencidos de nuestra nada; mas si fueran necesarios golpes inopinados y sorprendentes para nuestros corazones encantados por el amor a las cosas mundanas, ninguno como este tan grande y tan terrible. ¡Oh noche desastrosa! ¡Oh espantosa noche, en que retumbó repentinamente como el estampido del trueno la infausta y asombrosa noticia! ¡Madama se muere! ¡Madama ha muerto! ¿Quién de nosotros no se sintió herido por este golpe, como si algún trágico suceso hubiese desolado a su propia familia? Al primer rumor de tan extraño mal, de todas partes acuden a Saint-Cloud; hállase todo sumido en la consternación, excepto el corazón de esa princesa; por doquiera óyense gritos, por doquiera véñese el dolor y la desesperación, y la imagen de la muerte. El rey, la reina, el príncipe, toda la corte, todo el pueblo, se muestran abatidos y desesperados; y parece que se presencia el cumplimiento de estas palabras del profeta: « El rey llorará, desolado será el príncipe, y las manos del pueblo de la tierra serán conturbadas.»

Mas el príncipe y los pueblos gemían en vano; en vano el príncipe, en vano el mismo rey abrazaban estrechamente a la princesa. Pudieron entonces decir el uno y el otro con San Ambrosio: *Stringebam brachia, sed iam amiseram quam tenebam.* Lo estrechaba entre mis

brazos, más ya había perdido lo que estrechaba. La princesa se les escapaba en medio de tan tiernos abrazos, y la muerte más poderosa nos la arrebató de las manos reales. ¡Debía morir tan pronto! En la mayor parte de los seres realízanse los cambios lentamente, y la muerte de ordinario los prepara para el último golpe; la princesa, no obstante, ha pasado de la mañana a la noche, como la hierba de los campos; florecía en la mañana, ¡y con cuántas gracias! Mas ya lo habéis visto, a la tarde la contemplamos desecada. ¡Cuán al pie de la letra, con qué precisión debían cumplirse en la princesa esas frases con que la Santa Escritura pinta de bulto la inconstancia de las cosas humanas! ¡Ay!, componíamos su historia con todo lo que de más glorioso puede ser imaginado; el pasado y el presente servíanos de garantía para el porvenir, y todo podía esperarse de tantas excelentes cualidades. Conquistaba dos poderosos reinos por medios simpáticos y agradables; siempre dulce, siempre apacible, generosa y benéfica, su nombre y su influencia no habrían sido jamás odiosos; nunca se la vio desear la gloria con ardor inquieto y precipitado; la esperaba sin impaciencia como segura de merecerla, dábale los medios de obtener la gloria, la adhesión que hasta el día de su muerte manifestó por el rey, y ciertamente la dicha de nuestra vida consiste en que la estimación pueda juntarse con el deber, y que sea posible adherirse al mérito y a la persona del príncipe en quien se reverencia el poder y la majestad. Las inclinaciones de la princesa la adherían aún más a sus otros deberes; la pasión que le inspiraba la gloria de su esposo no tenía límites; en tanto que este grande príncipe, marchando sobre los pasos de su invencible hermano, secundaba con tanto valor y tan buen éxito sus grandes y heroicos proyectos en la campaña de Flandes, acompañábale la férvida alegría de la princesa. Así sus generosas inclinaciones la conducían a la gloria por las sendas que el mundo juzga más bellas; y si algo hubiese faltado a su dicha, todo lo habría conseguido por su dulzura y su conducta. Tal era la agradable historia que para la princesa narrábamos, y para dar fin a sus nobles proyectos sólo faltaba la duración de su vida, lo que no nos creíamos en deber de lamentar; porque ¿quién hubiese pensado que los años faltarían a aquella juventud que parecía tan viva? Algunas veces por ese punto se desvanece todo en un instante. En vez de hacer la historia de una hermosa vida, nos vemos reducidos a ser historiadores de admirable, pero tristísima muerte. En verdad, señores, nada ha igualado jamás la firmeza de su alma, ni ese apacible valor, que sin hacer esfuerzos para elevarse, se encuentra naturalmente por encima de los acontecimientos más temibles de la vida. Sí, la princesa fue tan dulce para la muerte como lo era para todo el mundo. Su grande corazón no se sublevó, ni se sintió lleno de amargura contra la muerte; no la desafió con fiereza, contentándose con mirarla cara a cara sin emoción, y con recibirla sin miedo. ¡Triste consuelo, puesto que no obstante, ese ánimo valeroso, la hemos perdido! Esa es la gran vanidad de las cosas humanas. Después que por el último efecto de nuestro valor, logramos, por decirlo así, vencer a la muerte, extingue en nosotros hasta ese valor con que parecíamos dispuestos a desafiarla. Hela ahí, no obstante su grande corazón, hela ahí a esa princesa tan admirada y tan querida! ¡Hela ahí, tal cual la muerte nos la ha dejado; y ese resto debe todavía desaparecer aún más, esa sombra de gloria va a desvanecerse, y vamos a ver la desaparición hasta de ese triste y fúnebre aparato! Descenderá a esos sombríos lugares, a esas moradas subterráneas, para dormir en el polvo con los grandes de la tierra, como dice Job, con esos reyes y esos príncipes reducidos a la nada, entre los cuales apenas podemos colocarla, de tal suerte están allí acumulados, de tal modo la muerte se apresura en llenar sus puestos. Mas aquí también nos extravía la imaginación, que la muerte no nos deja bastante cantidad de cuerpo para ocupar un puesto, y no vemos allí nada que afecte la figura humana, a no ser las frías tumbas; nuestra carne cambia bien pronto de naturaleza,

nuestro cuerpo toma otro nombre, hasta el de cadáver, dice Tertuliano, porque aún nos muestra algo de la forma humana, no lo conserva largo tiempo: conviértese en un no sé qué que no tiene nombre en lengua alguna; tan cierto es que todo muere en él, hasta esos fúnebres nombres con los cuales se designaban sus miserables restos!

Así la divina providencia, justamente irritada con nuestro orgullo, lo impulsa hacia la nada, y para igualar eternamente las condiciones, hace de todos nosotros una misma ceniza. ¿Es posible edificar sobre esas ruinas? ¿Es posible apoyar propósito alguno sobre esos inevitables despojos de las cosas humanas? Pero ¡qué! señores, ¿es todo desesperación para nosotros? Dios, que fulmina sobre todas nuestras grandezas hasta reducirlas a polvo, ¿no nos deja esperanza alguna? Él, para cuyos ojos, nada se pierde, que sigue todas las partículas de nuestro cuerpo, en cualquier apartado lugar del mundo donde las arroja la corrupción o el azar verá perecer sin remisión, al ser a quien hizo capaz de conocerle y de amarle? Preséntase con este motivo a mi vista un nuevo orden de cosas; disípanse las sombras de la muerte; «ábrense ante mí los caminos de la verdadera vida.» Esa princesa no yace ya en la tumba; la muerte, que parece destruirlo todo, todo lo ha respetado; he aquí el secreto del Eclesiastés, que os había hecho notar desde los comienzos de este discurso, y del cual es necesario ahora que descubramos el fondo.

Preciso es pensar, cristianos, que además de la relación que tenemos por el cuerpo con la naturaleza mudable y mortal tenemos también por otra parte, íntima relación y secreta afinidad con Dios, porque Dios ha puesto en nosotros algo capaz de confesar la verdad de su existencia, de adorar su perfección, de admirar su inmensidad; algo que puede someterse a su poder soberano, abandonarse a su alta e incomprensible sabiduría, confiarse a su bondad, temer su justicia y esperar su eternidad. Bajo este punto de vista si el hombre cree hallar en sí algo de elevado, no se engañará, porque como es necesario, que cada cosa vuelva a su origen y de aquí las palabras del Eclesiastés «el cuerpo vuelve a la tierra de donde ha salido» así en virtud del mismo razonamiento, lo que en nosotros lleva el sello divino, lo que es capaz de unirse a Dios, a Dios es llamado. Así pues, lo que debe volver a Dios, que es la grandeza primitiva y esencial, ¿no es grande y elevado? He aquí por qué cuando os he dicho que la grandeza y la gloria eran sólo entre nosotros nombres pomposos, vacíos de sentido, me fijaba en el mal uso que de esos términos hacemos; pero si hemos de decir la verdad en toda su extensión, no es el error ni la vanidad quienes han inventado esos magníficos nombres; al contrario, no los habríamos encontrado jamás, si en nosotros mismos no llevásemos su origen; porque ¿cómo en la nada hallar esas nobles ideas? Nuestra falta no consiste en habernos servido de esos nombres sino en aplicarlos indignamente. San Crisóstomo ha comprendido bien esa verdad al decir: «Gloria, riqueza, poder, nobleza, no son para los hombres mundanos mas que nombres; para nosotros si sabemos servir a Dios, son cosas reales; al contrario, la pobreza, la vergüenza, la muerte, son cosas efectivas y reales para ellos; para nosotros sólo son nombres,» porque aquel que a Dios se consagra, no pierde ni sus bienes, ni su honor, ni su vida. No os asombre, pues, si el Eclesiastés dice con tanta frecuencia: «todo es vanidad;» porque añade: «todo es vanidad bajo el sol;» es decir, todo lo que es medido por los años, todo lo que es arrastrado por la rapidez del tiempo. Salid del tiempo y de lo mudable, aspirad a la eternidad; la vanidad dejará de esclavizaros. No os asombre si el mismo Eclesiastés desprecia todo en nosotros hasta la sabiduría, y no encuentra nada mejor que gozar en paz el fruto del trabajo. La sabiduría de que en ese pasaje habla, es la sabiduría insensata, ingeniosa en atormentarse,

hábil en engañarse a sí propia, que en el presente se corrompe, que se extravía en lo porvenir, que por medio de infinitos razonamientos y de grandes esfuerzos, sólo consigue consumirse inútilmente amontonando obras que el viento arrastra «¿Y hay nada más vano?» exclama el rey sabio. ¿Y no tiene razón en preferir la sencillez de una vida oscura que gusta dulce e inocentemente de los escasos bienes que la naturaleza nos concede, en vez de los cuidados y las tristezas de los avaros, y los inquietos sueños del ambicioso? Mas «esto mismo, dice, ese reposo, esa dulzura de la vida, es aún vanidad» porque la muerte lo turba y arrebatada todo. Dejémosle pues despreciar todos los estados de la vida, puesto que al fin, de cualquier lado que se la mire, vese siempre frente a frente la imagen de la muerte, que cubre de tinieblas nuestros más bellos días; dejémosle igualar a los locos y los sabios, y hasta confundir, no temo decirlo en esta santa cátedra, al hombre con la bestia. Unus interitus est hominis, et jumentorum. En efecto, hasta que hayamos encontrado la verdadera sabiduría, en tanto miremos al hombre con los ojos de la carne, sin discernir en él por la inteligencia ese principio secreto de todas nuestras acciones, que siendo capaz de unirse a Dios, debe necesariamente volver a él, ¿qué otra cosa veremos en nuestra vida sino locas inquietudes? ¿Y qué veremos en nuestra muerte sino un vapor que se exhala fuerzas que se agotan, resortes que se desconciertan y quebrantan, y en fin, una máquina que se disuelve y se hace pedazos? Hastiados de esas vanidades busquemos lo que de grande y sólido hay en nosotros. El rey sabio nos lo ha demostrado en las últimas palabras del Eclesiastés y bien pronto la princesa nos lo hará ver en las últimas acciones de su vida. «Teme a Dios y observa sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre;» como si dijese: No creáis que es al hombre a quien he despreciado, sino a las opiniones, a los errores con que el hombre depravado se deshonor a sí propio. ¿Queréis saber en una sola palabra lo que es el hombre? Todo su deber, todo su fin, toda su naturaleza, consiste en el temor de Dios; todo lo demás es vano; pero también todo lo demás no es el hombre. He aquí lo que es real y sólido, y lo que la muerte no puede llevarse; porque, añade el Eclesiastés: «Dios examinará en su juicio todo lo que hayamos hecho de bueno y de malo». Ahora es fácil conciliar todas las cosas. El Psalmista dice, «que en la muerte perecerán todos nuestros pensamientos;» sí, aquellos que hayamos consagrado al mundo, cuya imagen pasa y se desvanece. Porque aun cuando nuestra alma sea de naturaleza eterna, abandona a la muerte cuanto consagra a las cosas transitorias; de suerte que nuestros pensamientos que debieran ser incorruptibles a causa de su origen, conviértense en perecederos a causa de, su fin. ¿Queréis salvar algo en esa universal e inevitable ruina? Consagrad a Dios vuestros afectos; ninguna fuerza os despojará de los que hayáis puesto en sus divinas manos; podréis despreciar atrevidamente a la muerte a ejemplo de nuestra cristiana heroína. A las a fin de sacar de tan bello ejemplo, toda la enseñanza que puede darnos, entremos en el profundo estudio de los propósitos de Dios sobre ella, y adoremos en esta princesa el misterio de la predestinación y de la gracia.

Sabéis que toda la vida cristiana, que toda la obra de nuestra salvación, es una serie continuada de misericordias; pero el fiel intérprete del misterio de la gracia, es decir, el grande Agustín, me enseña esa verdadera Y sólida teología, que establece, que en la primera y en la última gracia, se muestra la gracia; es decir, que en la vocación que nos anuncia, y en la perseverancia final que nos corona, osténtase gratuita y pura la divina bondad que nos salva. En efecto, como cambiamos dos veces de estado, pasando primero de las tinieblas a la luz, y después de la luz imperfecta de la fe, a la luz plena de la gloria, como es la vocación la que nos inspira la fe y la perseverancia la que nos lleva a la gloria, place a la divina bondad mostrarse al comienzo de esos dos estados por medio de una señal

particular y brillante, a fin de que confesemos que toda la vida del cristiano, así como su ulterior destino, es un milagro de la gracia. ¡Cuán señalados han sido esos dos principales momentos de la gracia en las maravillas que Dios ha realizado para la salvación eterna de Enriqueta de Inglaterra! Para darla a la Iglesia, preciso ha sido destruir todo una grande monarquía. La grandeza de la casa de que había salido era para ella un compromiso más estrecho en el cisma de sus antepasados; digamos más bien de los últimos de sus antepasados, pues todo lo que les precedió, hasta remontarnos a los primeros tiempos, fue piadoso y católico. Mas si las leyes del Estado se oponen a su eterna salvación, Dios derribará el Estado para librarla de esas leyes; tal precio tienen las almas a sus ojos; remueve el cielo y la tierra para amamantar a sus elegidos; y como nada le es tan querido como esos hijos de su predilección eterna, como esos inseparables miembros de su hijo amado, nada deja de realizar, con tal que los salve. Nuestra princesa es perseguida antes de nacer, abandonada tan pronto como nacida, arrancada al abrir los ojos a la luz, a la piedad de una madre católica, cautiva, en la cuna de los implacables enemigos de su casa, y lo que es aún más doloroso, cautiva de los enemigos de la Iglesia, y por consiguiente destinada, en primer lugar por su gloriosa cuna, y después por su desventurada cautividad, al error y a la herejía. Pero el sello de Dios estaba sobre ella; podía decir con el profeta: «Mi padre y mi madre me han abandonado pero el Señor me ha recibido en su protección;» abandonada por toda la tierra desde mi nacimiento, « fuí como arrojada en los brazos de su providencia paternal, y desde el vientre de mi madre se declaró mi Dios.» A este guarda fiel confió la reina, su madre, tan sagrado depósito, y no fue defraudada en su confianza: dos años después, un golpe imprevisto, y que parecía milagroso, libró a la princesa de las manos de los rebeldes. A despecho de las tempestades del Océano y de las agitaciones aún más violentas de la tierra, Dios, tomándola sobre sus alas, como el águila a sus crías, la trajo él mismo a este reino; él mismo la depositó en el seno de la reina su madre, o mejor dicho, en el seno de la Iglesia católica. Allí aprendió las máximas de la verdadera piedad, menos por las lecciones que recibía, que por los ejemplos vivos de aquella grande y religiosa soberana. Imitó la princesa sus piadosas liberalidades; sus limosnas, abundantes siempre, prodigáronse especialmente entre los católicos de Inglaterra, de quienes fue fidelísima protectora. Digna hija de San Eduardo y de San Luis, adhiriose de todo corazón a la fe de estos dos grandes reyes. ¿Quién podrá expresar el vivo celo en que ardía por el restablecimiento de la antigua fe en el reino de Inglaterra, donde aún se conservan tantos preciosos monumentos de esa fe? Sabemos que no temió exponer su vida en aras de propósito tan piadoso. ¡Y el cielo nos la ha arrebatado! ¡Oh Dios mio!, ¿qué nos depara aquí vuestra eterna providencia? ¿Me permitiréis contemplar temblando vuestros santos y temibles decretos? ¿No se han cumplido aún los tiempos de confusión? El crimen que hizo retroceder vuestras santas verdades ante desatadas pasiones, ¿está aún presente a nuestros ojos?, ¿no ha sido aún suficientemente castigado con la ceguedad de todo un pueblo durante un siglo? ¿Nos arrebatáis a Enriqueta, en virtud de la misma sentencia que abrevió los días de la reina María, y su reinado tan favorable a la Iglesia? ¿O es que queréis triunfar sólo de vuestros enemigos? Quitándonos los medios de que nos envanecíamos, ¿reserváis en los tiempos de antemano señalados por vuestra predestinación eterna, decretos, restauraciones al Estado y a la casa de Inglaterra? Cualquiera cosa que sea, Dios poderoso, recibid hoy dichosas primicias en la persona de esta princesa; ¡ojalá toda su casa y todo su reino sigan el ejemplo de su fe! Ese gran rey que hace brillar con tantas virtudes el trono de sus antepasados, y cuya milagrosa restauración nos obliga a elogiar todos los días la mano divina que la realizó, ese gran rey no desaprobará nuestro celo, si anhelamos ante Dios que

nos oye, que él y todos sus pueblos sean como nosotros. Opto apud Deum non tantum, sed etiam omnes fieri tales, qualis et ego sum. Este deseo fue formulado para los reyes; y San Pablo, cargado de cadenas, lo expresó por primera vez, con motivo de Agrippa; pero San Pablo exceptuaba sus cadenas, exceptis vinculis his; y nosotros deseamos principalmente que Inglaterra, harto libre en sus creencias, harto licenciosa en sus sentimientos, se vea encadenada como nosotros con esos dichosos lazos que impiden que el orgullo humano se extravíe en sus pensamientos cautivándolo bajo la autoridad del Espíritu-Santo y de la Iglesia.

Después de haber expresado el primer efecto de la gracia de Jesucristo en nuestra princesa, quedame, señores, haceros considerar el último, que coronará todos los demás. En virtud de esta última gracia cambia la muerte de naturaleza para los cristianos, puesto que en lugar de despojarnos de todo, comienza como dice el Apóstol, a investarnos y a asegurarnos eternamente la posesión de los verdaderos bienes. En tanto estamos como prisioneros en esta morada perecedera, vivimos sujetos a todos los cambios, porque, si me es permitido expresarme así, tal es la ley del país que habitamos. y no poseemos bien alguno, ni aún los de la gracia, que no podamos perder un momento después a causa de la natural mudanza de nuestros deseos: más a seguida que deja de contarse para nosotros el curso de las horas y de medir nuestra vida por los días y los años, alejados de las imágenes que pasan y de las sombras que desaparecen, llegamos al reino de la verdad, donde nos libramos de obedecer la ley de los cambios. Así, pues, nuestra alma no está ya en peligro, no vacilan ya nuestras resoluciones, la muerte, o mejor dicho la gracia de la perseverancia final, las obliga a fijarse; y así como el testamento de Jesucristo, en virtud del cual se entrega a todos nosotros, se confirmó para siempre, siguiendo el derecho de los testamentos y la doctrina del Apóstol, por la muerte del divino testador, así la muerte del fiel hace que ese feliz testamento en el cual por nuestra parte nos entregamos al Salvador, se haga irrevocable. Si os hiciese ver, señores, una vez más a la Princesa, luchando con la muerte, no aprenderías nada con ello: por cruel que os parezca la muerte, esta vez debe tan sólo cumplir la obra de gracia, sellar en esta princesa el decreto de su eterna predestinación. Vemos este último combate: pero no mezclemos nuestra debilidad con tan alta acción, no deslustremos con nuestras lágrimas, tan hermosa victoria. ¿Queréis ver cuan poderosa ha sido la gracia que ha hecho triunfar a la princesa? ved cuan terrible ha sido su muerte. En primer lugar ha hecho presa en una princesa que tantos bienes perdía: ¡cuantos años va a arrebatarse a esta juventud!, ¡cuánta alegría arranca a esa fortuna, de cuánta gloria priva a ese mérito! Por otra parte ¿puede venir la muerte más pronta ni más cruel? Parece que reunía todas sus fuerzas, cuanto tiene de más temible, juntando a los dolores más vivos el golpe más imprevisto; pero aún cuando se hizo sentir toda entera desde el primer momento sin que la precedieran amenaza, ni advertencias, encontró a la princesa dispuesta a recibirla. La gracia más activa aún, la habría preparado para la defensa; ni la gloria, ni la juventud la arrancarán un suspiro: un gran pesar por sus pecados no la permiten apesadumbrarse por otra cosa. Pide el crucifijo sobre el cual había visto expirar a la reina, su suegra, como para recoger en él las impresiones de constancia y de piedad que aquella alma, verdaderamente cristiana había dejado allí con los últimos suspiros. A la vista de esta santa reliquia no esperéis de la agonizante princesa frases estudiadas y sublimes; la grandeza consiste aquí en la sencillez. Exclama: «¡Oh Dios mío!, ¿por qué no he puesto siempre en vos mi confianza?» Aflíjese, se reanima después, confiesa humildemente, y con todas las muestras de profundo dolor, que sólo desde aquel momento ha comenzado a conocer a Dios. ¡Cuán

superior nos pareció a esos cobardes cristianos, que imaginan apresurar su muerte al prepararse para la confesión, que sólo por fuerza reciben los santos sacramentos! La princesa demanda el auxilio de los sacerdotes más que el de los médicos; pide por sí misma los sacramentos de la Iglesia; la penitencia con compunción; la eucaristía con temor y después con confianza; la santa unción de los moribundos con piadoso apresuramiento: lejos de mostrarse aterrada quiere recibirla con conocimiento; escucha la explicación de esas santas ceremonias, de esas plegarias apostólicas, que por una especie de divino encanto, suspenden los violentos dolores, que hacen olvidar la muerte (a menudo lo he visto) a quienes con fe les prestan oído; ella se conforma, apaciblemente presenta su cuerpo al sagrado óleo, o mejor dicho a la sangre de Jesús, que con abundancia corre en ese precioso licor. No creáis que sus excesivos e insoportables dolores turben su grande espíritu. ¡Ah!, no quiero en adelante admirar a los valientes, a los conquistadores: la princesa me ha hecho conocerla verdad de estas palabras del sabio rey. «Mejor es el que tarde se aína que el fuerte; y mejor el que se enseñoa de su espíritu que el que toma una ciudad. «¡Cuán dueña ha sido siempre de su espíritu! ¡Con qué tranquilidad cumplía sus deberes! Recordad las palabras que decía su esposo: ¡qué fuerza!, ¡qué ternura! palabras que parecían salir abundantemente de un corazón colocado por encima de todas las cosas de la tierra: palabras que la muerte allí presente, y Dios, presente también, han consagrado: productos sinceros de un alma que perteneciendo al cielo, sólo debe ya a la tierra la verdad, ¡eternamente viviréis en la memoria de los hombres, pero sobre todo viviréis perpetuamente en el corazón de ese gran príncipe! La princesa no pudo resistir a las lágrimas que le veía derramar: invencible en todo lo demás, en esto hubo de ceder forzosamente; hizo retirar a su esposo, porque no quería experimentar otras ternuras que las que debía inspirarle ese Dios crucificado que le tendía los brazos. ¿Qué vimos entonces? ¿Qué oímos? Su conformidad con los decretos de Dios; ofrecíale sus sufrimientos en expiación de sus faltas; profesaba ardientemente la fe católica y la resurrección de los muertos, precioso consuelo para los fieles agonizantes; excitaba el celo de aquellos a quienes había llamado para que excitasen el suyo, y no quiso que dejaran un momento de hablarla de las verdades cristianas. Deseó mil veces, decía, ser bañada por la sangre del cordero, nuevo lenguaje que la gracia le enseñaba. No vimos en ella, ni esa ostentación con la que se desea engañar a los demás, ni esos sentimientos de un alma aterrada que procura engañarse a sí misma; todo era sencillo, todo era tranquilo, todo era sobrio, todo en ella partía de un alma sumisa y de un manantial santificado por el Espíritu-Santo.

En este estado, señores, ¿qué habíamos de pedir a Dios por esa princesa, sino que la afirmase en el camino del bien, y la conservase los preciosos dones de la gracia? Dios atendió a nuestros ruegos; pero con frecuencia, dice San Agustín, atendiendo a nuestras plegarias, engaña dichosamente nuestra previsión. La princesa fue confirmada en el bien de una minera más efectiva de lo que nosotros suponíamos. Como Dios no quería exponer más a las engañosas ilusiones del mundo sentimientos de piedad tan sincera, hizo lo que dice el sabio: «Se apresuró.»

En efecto, ¡qué diligencia!, en nueve horas la obra se había consumado. «Se apresuró en sacarla de en medio de las iniquidades.» Ved ahí, dice el grande San Ambrosio, el milagro de la muerte del cristiano: no da fin a su vida; sólo da fin a sus pecados y a los peligros a que está expuesto. Hemos deplorado que la muerte, enemiga de los frutos que la princesa nos prometía, los haya agostado en flor; que haya borrado, por decirlo así, un cuadro

bellísimo que avanzaba a su perfecta terminación con increíble rapidez, y cuyos primeros rasgos, cuyo simple dibujo mostraba ya tanta grandeza. Cambiemos ahora de lenguaje; digamos sólo que la muerte ha detenido en su curso la vida más bella del mundo, y la historia que con mayor brillo comenzaba; digamos más bien que ha puesto fin con su muerte a los peligros más grandes de que puede verse asaltada un alma cristiana; y, por no hablar aquí de las infinitas tentaciones que a cada paso asaltan a la debilidad humana, ¿cuántos riesgos no habría hallado esa princesa en su propia gloria? ¡La gloria! ¿Qué hay para un cristiano que sea más pernicioso y más mortal? ¿Qué encantos hay más peligrosos? ¿Qué incienso de vanidad que perturbe más las mejores inteligencias? Mirad a la princesa, representaos esa alma, que, brillando al exterior, hacía que sus atractivos fuesen tan extraordinarios. Todo era ingenio, todo bondad.

Afable para todos con dignidad, sabia estimar a unos sin rebajar a otros, y aunque distinguiese al mérito, no lo hacía de manera que los débiles se sintiesen desdeñados: cuando alguno trataba con ella, parecía que olvidaba su rango para imponerse tan sólo por su talento: no se apercibía casi que se hablaba con persona tan elevada; sentíase sólo en el fondo del corazón el deseo de centuplicar la grandeza de que con tanta afabilidad se despojaba. Fiel en el cumplimiento de sus palabras, incapaz de disfraces, para sus amigos afectuosa, por la ilustración y la integridad de su alma, los ponía a cubierto de vanas sospechas y no les hacía temer sino sus propias faltas. Agradecida en alto grado a los servicios que se la prestaban, se complacía en prevenir con su bondad las injurias que sentía con viveza y perdonaba con facilidad. ¿Y qué diré de su generosidad? Daba no tan sólo con alegría, sino con tal elevación de alma, que indicaba a un tiempo el menosprecio a la dádiva y la estimación a la persona a quien la donaba: unas veces con palabras conmovedoras, otras con elocuente silencio, realizaba el mérito de sus presentes; y este arte de dar con agrado, que tan bien había practicado durante su vida, lo conservó, bien lo sé, hasta en los brazos de la muerte. Con cualidades tan grandes y simpáticas, ¿quién le hubiese negado su admiración? Con su crédito con su poder, ¿quién no hubiera deseado adherirse a su persona? ¿No había ganado todos los corazones, es decir, lo único que tienen que ganar aquellos a quienes el nacimiento y la fortuna han concedido todo?, ¿y si esta elevadísima posición es un precipicio espantoso para los cristianos, no podré decir, señores, sirviéndome de las fuertes expresiones del más grave de los historiadores «que iba a ser precipitada en la gloria?» Porque ¿qué criatura hubo nunca más digna de ser el ídolo del mundo? Mas esos ídolos que el mundo adora, ¿a cuántas tentaciones delicadas no están expuestos? Es verdad que la gloria les veda algunas debilidades; pero la gloria, ¿les defiende por ventura de la gloria misma? ¿No se adoran quizá secretamente? ¿No quieren quizá ser adorados? ¿Qué no deben temer de su amor propio? ¿Y cuáles no son las exigencias de la humana flaqueza en tanto el mundo les concede todo? ¿No se aprende allí a poner al servicio de la ambición, de la grandeza y de la política, la virtud, la religión y hasta el nombre, de Dios? La moderación que el mundo fluye no sofoca los secretos movimientos de la vanidad; sólo sirve para ocultarlos, y cuanto más modesta aparece al exterior, más se abandona en lo íntimo de la conciencia a los sentimientos delicados y perniciosos de la falsa gloria; se cuenta hartos con las propias fuerzas, y se dice en el fondo del corazón: «yo y sólo yo en la tierra.» En este estado, señores, ¿no es la vida un peligro? ¿No es la muerte una merced? ¿Qué no debemos temer de los vicios, si tan peligrosas son las buenas cualidades? ¿No es, pues, un beneficio otorgado por Dios, el de haber abreviado las tentaciones, al abreviar los días de la princesa, el de haberla arrebatado a su propia

gloria, antes que esa gloria hubiese puesto en peligro su moderación? ¿Qué importa que su vida haya sido tan breve? Nunca lo que ha de concluir puede ser largo. Aun cuando no contáramos sus confesiones, sus frecuentes ejercicios piadosos, su aplicación constante a la piedad en los últimos tiempos de su vida, esas cortas horas santamente pasadas entre las pruebas más rudas, en los sentimientos más puros del cristianismo, suplen por sí solos una vida prolongada. El tiempo ha sido corto, lo confieso; pero la obra de la gracia ha sido firme, la fidelidad del alma perfecta. Éste es el resultado del arte sublime de reducir a pequeñas proporciones una grande obra; y la gracia, este habilísimo artífice, se complace a las veces en encerrar en un sólo día las perfecciones de una larga existencia.

Sé bien que Dios no quiere que se esperen tamaños milagros, pero si la temeridad insensata de los hombres abusa de sus bondades, su brazo para ella no carece de fuerza, ni su mano se muestra debilitada. Confío, para la princesa, en su misericordia, que tan sincera y humildemente reclamaba. Parece como que Dios no la conservó el juicio sereno hasta el último momento, sino para hacer que durase el testimonio de su ardiente fe. Al morir adoraba al Salvador; faltóle antes la fuerza de los brazos, que el ardor en abrazar la cruz; yo vi su mano desfallecida buscando al caer nuevas fuerzas para aplicar sobre sus labios ese dichoso signo de nuestra redención; ¿no es esto morir en los brazos y bajo los besos del Señor? ¡Ah!, podemos terminar este santo sacrificio por el reposo de la princesa con una piadosa revelación; ese Jesús en quien esperaba, cuya cruz ha llevado sobre su cuerpo con sus cruelísimos padecimientos, dará su sangre a su cuerpo desfallecido, penetrándola por la participación en sus sacramentos y por la comunión con sus dolores. Pero al orar por su alma, cristianos, pensemos en nosotros mismos. ¿Qué esperamos para convertirnos? ¿Cuál será nuestra dureza de corazón, si un suceso tan extraordinario que debiera penetrarnos hasta el fondo del alma, sólo consigue aturdirnos por algunos momentos! ¿Esperamos que Dios resucite a los muertos para aleccionarnos? No es preciso que los muertos despierten y abandonen sus tumbas; la que hoy entra en el sepulcro debe bastar para convertirnos; porque si sabemos conocernos, confesaremos, cristianos, que las eternas verdades han sido ampliamente confirmadas; sólo debilidad podemos oponerlas; la pasión y no la razón osara combatirlas. Si algo impide que estas santas y benéficas verdades reinen sobre nosotros, es que el mundo nos distrae, los sentidos nos encantan, el presente nos arrastra. ¿Es necesario otro espectáculo para desengañarnos de las seducciones de los sentidos y del mundo? ¿Podía la divina Providencia ponernos ante los ojos más de cerca y con mayor fuerza la vanidad de las cosas humanas? Y si nuestros corazones siguen empedernidos después de tan severa advertencia, ¿qué resta a Dios que hacer, sino herirnos sin misericordia a nosotros mismos? Evitemos tan funesto golpe y no esperemos siempre confiados en los milagros de la gracia. Nada hay que sea más odioso a la Providencia que el que se intente forzarla a la piedad con ejemplos de su gracia y de sus bondades, ¿Qué hay, pues, cristianos, que pueda impedirnos el recibir humildemente sus inspiraciones? ¡Pues qué! ¿Los deleites de nuestros sentidos son tan vivos que nos impidan preveer nuestro destino? ¿Los adoradores de las humanas grandezas se mostrarán satisfechos de su fortuna, cuando vean que en un instante su gloria pasa a su nombre, sus títulos a su sepulcro, sus bienes a los ingratos, y sus dignidades tal vez a los envidiosos? Si estamos plenamente seguros de que llegará un día postrero en que la muerte nos obligará, a confesar todos nuestros errores, ¿por qué no despreciar hoy en virtud de los consejos de la razón lo que será preciso despreciar algún día en virtud de las imposiciones de la fuerza? ¿Y cuál será nuestra ceguedad si siempre marchando hacia el fin de la vida, y más tiempo moribundos que

vivos, esperamos los últimos suspiros para dar cabida a los sentimientos que la sola idea de la inevitable muerte debiera inspirarnos en todos los instantes de la existencia? Comenzad desde hoy a menospreciar las dichas de la tierra; y siempre que crucéis por esas augustas mansiones, por esos soberbios palacios, a los que comunicaba la princesa resplandor que vuestros ojos buscan ahora en vano; siempre que contemplando el elevado puesto que tan dignamente ocupaba, veáis que falta de allí, pensad, que esa gloria que admiráis era el gran peligro de su vida, y que en la otra ha sido objeto de severísimo examen, durante el cual nada habrá sido bastante a tranquilizarla, sino la sincera resignación con que ha obedecido las órdenes de Dios y las santas humillaciones de la penitencia.

Oración fúnebre Luis de Borbón, Príncipe de Condé

Pronunciada en Nuestra-Señora de París el 10 de Marzo de 1687

Dominas tecum virorum fortissime... Vade in hac fortitudine tua...

Ego ero tecum.

Jehová es contigo varón esforzado. Ve con esta tu fortaleza. Porque yo seré contigo. (Jueces, c. 6, v. 12, 14, 16.)

MONSEÑOR:

En el momento de entreabrir los labios para celebrar la gloria inmortal del príncipe de Condé, siéntome a un tiempo confundido por la grandeza del tema de mi discurso, y séame permitido confesarlo, por la inutilidad de mi trabajo. Porque ¿en qué parte del mundo habitable no ha sido oído el eco de las victorias del príncipe de Condé y las maravillas de su vida? Nárranse por doquiera; el francés que las elogia nada enseña al extranjero, y aún cuando pueda yo hoy relatároslas, es seguro que vuestro pensamiento se adelantará al mío, por lo que debo responder al secreto reproche que me dirijáis de haber quedado muy por debajo de tan alto objeto. Nada podemos, débiles oradores, en pro de la gloria de las almas extraordinarias; razón tiene el rey sabio al decir que, «tan sólo sus acciones pueden alabarlos:» languidece todo lenguaje que no sea éste, tratándose de tan grandes nombres; y la sencillez de un fiel relato bastaría para sostener la gloria de Condé. Pero en tanto la historia, que debe ese relato a los siglos futuros, lo graba y lo muestra a los hombres, preciso será satisfagamos como mejor nos sea posible, a la pública gratitud y a las órdenes del más grande de todos los reyes. ¿Qué es lo que no debe el reino a un príncipe que ha honrado a la casa de Francia, al nombre francés, a su siglo, y hasta a la humanidad entera? Luis el Grande participaba también de estos sentimientos; después de llorar al grande hombre y de haberle dado con sus lágrimas en medio de su corte el elogio más glorioso que podía obtener, reúne en templo tan célebre lo que en su reino hay de más augusto para rendir públicos testimonios de admiración a la memoria de ese príncipe; y quiere que mi

débil voz anime todo este triste espectáculo, y todo este fúnebre aparato. Hagamos un esfuerzo sobre nuestro dolor. Preséntase aquí a mi pensamiento un objeto grande y digno de esta cátedra: Dios es quien hace los guerreros y los conquistadores. «Bendito sea mi Dios, decía David, puesto que habéis enseñado a mis manos para combatir, y a mis dedos para mantener la espada.» Si inspira el valor no menos concede las otras grandes cualidades naturales y sobrenaturales del corazón y del ingenio. Todo parte de su poderosísima mano; él es quien del cielo envía los generosos sentimientos, las determinaciones prudentes, y todas las buenas ideas; pero quiere que sepamos distinguir entre los dones que abandona a sus enemigos y los que a sus fieles servidores reserva. Lo que a sus amigos distingue es la piedad; hasta que se ha recibido este don del cielo, todos los demás no tan sólo no son nada sino que causan la ruina de los que con ellos han sido adornados; sin la merced inestimable de la piedad ¿qué hubiese sido el príncipe de Condé, no obstante su grande corazón y su grande genio? No, hermanos míos, si la piedad no hubiese consagrado sus demás virtudes, ni hallaríamos lenitivo a nuestro dolor, ni ese religioso pontífice mostraría confianza en sus plegarias, ni yo mismo apoyo en los elogios que debo a hombre tan eminente. Apuremos la gloria humana con este ejemplo; destruyamos el ídolo de los ambiciosos; que caiga aniquilado ante esos altares. Pongamos juntas hoy, (porque bien podemos hacerlo en tan noble asunto) todas las más bellas cualidades de un carácter excelente; y a la gloria de la verdad, mostremos en un príncipe admirado por todo el universo, lo que hace a los héroes, lo que lleva a su colmo la gloria del mundo, valor, magnanimidad, natural bondad, por lo que hace al corazón; vivacidad, penetración, grandeza y sublimidad de genio, por lo que hace al espíritu; estas cualidades serían ilusorias sino las fecundase la piedad, porque la piedad es todo el hombre. Esto veréis, señores, en la vida eternamente memorable del muy alto y muy poderoso príncipe Luis de Borbón, príncipe de Condé, príncipe de la sangre.

Dios nos ha revelado que él sólo hace a los conquistadores, que él sólo los hace servir sus propósitos. ¿Quién si no Dios hizo a un Ciro nombrado doscientos años antes de su nacimiento en los oráculos de Isaías? «Tú no existes aún decía, pero te veo, y te nombro por tu nombre: te llamarás Ciro. Yo iré delante de ti en los combates; pondré ante ti a los reyes en huida; romperé las puertas de bronce. Yo que extendiendo el pabellón de los cielos, yo que sostengo la tierra, que nombro lo mismo lo que no existe que lo que existe,» es decir, soy yo quien todo lo hace, y yo quien ve desde la eternidad, todo lo que hago. ¿Quién si no Dios ha podido formar a un Alejandro cuyo indomable ardor ha pintado el profeta Daniel con tan vivas imágenes? «Ved a ese conquistador, dice, con qué rapidez se eleva en el Occidente como saltando, y sin tocar la tierra.» Semejante en sus atrevidos saltos, y en su paso ligero a los animales vigorosos y saltadores, avanza con rápidos y violentos ímpetus, y no es detenido ni por las montañas, ni por los precipicios. Ya el rey de Persia cae en sus manos; «a su vista se anima; efferatus est, in eum, dice el profeta; lo abate, lo huella con los pies; nadie puede defenderlo de los golpes que lo asesta, ni arrancarle su presa.» Oyendo estas palabras de Daniel, ¿a quien creeréis ver, señores, bajo esta imagen a Alejandro o al príncipe de Condé? Dios le había dado indomable valor para la salvación de Francia durante la menor edad de un rey de cuatro años. Dejad crecer a ese rey amado por el cielo y todo cederá ante sus hazañas; superior a los suyos como a sus enemigos, sabrá unas veces servirse, otras prescindir de sus más famosos capitanes; y sólo bajo la mano de Dios, que continuamente acude en su socorro, se le verá siendo escudo de sus Estados. Pero Dios había elegido al duque de Enghien para defenderlo en su infancia. En los primeros días de

su reinado, a la edad de veinte y dos años, el duque concibió un proyecto que los más antiguos y experimentados capitanes no habían concebido; la victoria, justificó su previsión delante de Rocroy. El ejército enemigo es en verdad más fuerte; está compuesto de esos antiguos tercios españoles, walones e italianos, que hasta entonces no habían sido nunca derrotados; pero ¿qué no inspirarían a nuestras tropas la necesidad de salvar al Estado, los pasados triunfos y la presencia de un joven príncipe que llevaba la victoria en los ojos? Don Francisco de Melos lo espera a pie firme; y sin poder retroceder los dos generales y los dos ejércitos, parecían querer encerrarse en los bosques y los pantanos, para decidir la contienda, como dos valientes en campo cerrado. ¡Qué no se vio entonces! Parecía el joven príncipe otro hombre; conmovido por lo grande de la acción, mostrose por completo su inmenso ánimo; crecía su valor con los peligros, y sus conocimientos militares al par de su ardor. Al llegar la noche, que fue preciso pasar en presencia del enemigo, como capitán vigilante, se entregó al reposo el último, pero jamás reposó más apaciblemente. La víspera del día tan grande, y en el primer combate permanece tranquilo, de tal suerte se encuentra en su natural elemento; y es sabido que al día siguiente a la hora señalada fue necesario despertar de su profundo sueño a este segundo Alejandro. ¿Veis como vuela a la victoria o a la muerte? Después que hubo llevado de fila en fila el ardor de que se sentía animado, se le vio, casi al mismo tiempo, acometer al ala derecha del enemigo, apoyar la nuestra desordenada, rehacer a los franceses casi vencidos, obligar a la fuga al español vencedor, llevar por doquiera el terror, y asombrar con el brillo de su mirada centelleante a los que escapaban de sus certeros golpes. Quedaba en pie esa terrible infantería española, cuyos gruesos batallones concentrados, semejantes a otras tantas torres, que por sí mismas sabían reparar sus brechas, permanecían inmovibles en medio del ejército derrotado, y lanzaban el fuego por todos sus flancos. Tres veces el joven vencedor se esforzó en romper las filas de aquellos intrépidos combatientes, tres veces fue rechazado por el valeroso conde de Fuentes, a quien se veía llevado en un escaño, y no obstante sus males, mostrando alma guerrera y de un todo dueña del cuerpo que animaba; pero al fin preciso fue ceder. En vano es que a través de los bosques, con toda su caballería que aún no había entrado en fuego, precipítase Bek su marcha para caer sobre nuestros soldados llenos de fatiga; el príncipe lo ha previsto, los batallones destrozados piden cuartel; pero la victoria va a ser más terrible para el duque de Enghien que el combate. En tanto que con aire confiado avanza para escuchar las palabras de aquellos bravos soldados, estos, siempre en guardia, temen la sorpresa de un nuevo ataque; su espantosa descarga enfurece a los nuestros; vese por doquiera horrible carnicería; la sangre embriaga al soldado, hasta que el gran príncipe, que no puede ver con calma que aquellos leones sean degollados como tímidos corderos, calma los ánimos irritados, y junta al placer de vencer el de perdonar. ¡Cuál fue el asombro de aquellas viejas legiones y de sus bravos oficiales al ver que no había salvación para ellos sino en los brazos del vencedor! ¡Con qué ojos miraron al joven príncipe, a cuyo continente altivo impreso por la victoria, se mezclaban los atractivos de la clemencia! ¡Con cuanto placer habría salvado la vida al bravo conde de las Fuentes! Pero hallósele en tierra entre esos millares de muertos cuya pérdida aún lamenta España, que no sabía entonces que el príncipe que le hizo perder tantos de sus antiguos regimientos en la jornada de Rocroy, estaba destinado a concluir con los que aún le quedaban en los llanos de Lens. Así, pues, la primera victoria fue prenda de muchas otras. El príncipe dobló la rodilla en el mismo teatro del combate, consagró al Dios de las batallas la gloria con que lo coronaba; allí se celebró la liberación de Rocroy, las amenazas de un terrible enemigo, convertidas en vergüenza del vencimiento, la regencia afirmada, Francia tranquila, y un reinado que debía ser tan bello,

comenzado con tan dichosos presagios. El ejército empezó la acción de gracias, imitó toda Francia, que elevó al cielo la primera victoria del duque de Enghien, que habría bastado para ilustrar otra vida que la suya, pero que para él era el primer paso de su gloriosa existencia.

Desde esta primera campaña, después de la toma de Thionville, digno precio de la victoria de Rocroy, pasó por capitán igualmente terrible en los sitios y en las batallas. Mas ved en un joven príncipe victorioso algo que no es menos bello que la victoria. La corte, que a su llegada le preparaba los aplausos que merecía, se sorprendió de la manera con que los recibió. La reina regente le manifestó que el rey estaba satisfecho de sus servicios; ésta fue en labios del soberano la digna recompensa de sus trabajos. Si los demás osaban elogiarlos, rechazaba los elogios como ofensas, e indiferente a la lisonja, temía de ella hasta la apariencia; tal era la delicadeza, o mejor dicho, tal era la solidez del carácter de este príncipe. También profesaba la máxima, (escuchadla, porque es la máxima que forma a los grandes hombres) de que en las acciones magnánimas es necesario pensar tan sólo en hacer el bien, y dejar venir a la gloria en pos de la virtud; esta idea inspiraba a los demás; esta idea la practicaba él mismo. Así la falsa gloria no le tentaba; todo en él tendía a lo verdadero y a lo grande. De aquí que cifrase su gloria en el mejor servicio del rey, y en la prosperidad del Estado; éste era el fondo de su corazón; éstas fueron sus primeras y más queridas inclinaciones. No le retuvo mucho tiempo la corte, por más que en ella fuese el principal ornato; era preciso mostrar por todas partes, a Alemania y a Flandes el intrépido defensor que Dios nos había dado. Fijad en esto vuestra atención; se prepara contra el príncipe algo más formidable que Rocroy, y para probar su virtud, la guerra va a agotar todas sus invenciones y todos sus esfuerzos. ¿Qué se presenta a mis ojos? No se trata ya tan sólo de hombres a quienes combatir, sino de inaccesibles montañas; se trata de barrancos, de precipicios de una parte, de otra de bosques impenetrables, cuyo fondo es un pantano, y al otro lado de los ríos, prodigiosas trincheras; trátase de elevadas fortalezas, y de selvas taladas que atraviesan temerosos caminos; y allí Merey con los valientes bávaros envanecidos por tantas victorias y por la toma de Friburgo; Merey a quien nunca se vio retroceder en los combates; Merey, a quien el príncipe de Condé y el vigilante Turlena jamás lograron sorprender en un movimiento irregular, y de quien éstos hacen el mayor de los elogios diciendo que nunca había perdido un sólo momento favorable, ni había dejado de adivinar los propósitos del enemigo como si hubiese asistido a sus consejos. En tales circunstancias, pues, durante ocho días, y en cuatro distintos ataques se vio cuanto es posible emprender en el arte de la guerra. Nuestras tropas parecen desanimadas, tanto por la resistencia de los enemigos como por la espantosa disposición del teatro de la lucha, y el príncipe se vio algún tiempo como abandonado. Pero a manera de otro Macabeo, «su brazo no le abandonó, y su valor, irritado por tantos peligros, vino en su auxilio.» Viósele echar pie a tierra y salvar el primero aquellas inaccesibles alturas arrastrando todo en pos de sí. Ve Merey su pérdida asegurada; sus mejores batallones son deshechos, la noche salva el resto de su ejército. Pero grandes lluvias aparecen a fin de que tengamos a la vez que combatir además del valor del enemigo y todo su arte, a la misma naturaleza. Cualquiera que sea la ventaja obtenida por un enemigo tan hábil como atrevido, y por más que se atrinchere de nuevo en espantosa montaña, acometido por todas partes, deja al cabo en poder del duque de Enghien no tan sólo sus cañones y sus provisiones, sino también toda la ribera del Rin. Mirad como todo cae ante el vencedor: Filisbourgo es tomado en diez días no obstante la proximidad del invierno; Filisbourgo, que tuvo tan largo tiempo al Rin

cautivo bajo nuestros decretos, y cuya pérdida ha sido tan gloriosamente reparada por el más grande de nuestros reyes; Worms, Spira, Maguncia, Landau, y otras veinte plazas conocidas nos abren sus puertas; Merey no puede defenderlas, y no aparece más ante su vencedor; no es esto bastante, sino que precisa caiga a sus pies noble víctima de su valor; Nordlinguen presenciara la caída; allí se decidirá que nada se opone a los franceses en Alemania ni en Flandes, y todas estas ventajas se deben al mismo príncipe. Dios, protector de Francia y de un rey a quien ha destinado a grandes empresas, lo ordena así.

El éxito parecía asegurado bajo el mando del duque de Enghien; y sin indicarnos aquí sus otras hazañas, bien sabéis que entre tantas plazas fuertes atacadas, sólo una pudo escapar de sus manos, y aún así elevó más alta la gloria del príncipe. Europa, que admiraba el divino ardor de que estaba animado en los combates, se llenó de asombro al ver que un jefe a la edad de veinte y seis años, fuese tan hábil para dirigir sus tropas como para lanzarlas en los peligros, como para ceder ante la fortuna o ponerla al servicio de sus planes. Vímosle en todas partes como a uno de esos hombres extraordinarios que allanan todos los obstáculos. La rapidez de sus acciones no daba tiempo al enemigo de contrastarlas; esta es la cualidad dominante de los conquistadores. Cuando David, gran guerrero, deploraba la muerte de dos famosos capitanes que había perdido, les consagraba este elogio: «Más veloces que las águilas, más valerosos que los leones.» Ésta es la imagen que representa al príncipe cuya muerte lloramos; aparecía al mismo tiempo como un relámpago en los países más lejanos; vésele a un tiempo en todos los combates, en todos los campamentos. Cuando ocupado en un punto, manda practicar reconocimientos en otro, el oficial diligente que lleva sus órdenes se asombra de que se le anticipe el príncipe, encontrándolo todo reanimado por su presencia; parece como que se multiplica en una acción; ni el hierro ni el fuego le detienen. No necesita defender su cabeza a tantos peligros expuesta; Dios es para él la armadura más fuerte; los golpes parecen amortiguados al dirigirse a él, y dejan sólo señales de su valor y de la protección del cielo. No le digáis que la vida de un primer príncipe de la sangre, más interesado por su nacimiento en sostener la gloria del rey y de la corona, debe en servicio del Estado y en pro de su brillo conservarse más que las otras vidas. Después de haber hecho sentir a los enemigos, durante tantos años el poder invencible del rey, cuando fue preciso sostenerlo dentro del reino, lo diré en una palabra, hizo respetar a la regenta; y puesto que es necesario hablar de estas cosas sobre las que quisiera guardar eterno silencio, hasta aquella fatal prisión, no había nunca pensado el príncipe que nadie hubiese podido atentar contra el Estado; y en medio de su mayor gloria, si deseaba obtener mercedes, más aún deseaba merecerlas. Esto le hacía decir (puedo repetir ante esos altares las palabras que he recogido de su boca, puesto que revelan tan claramente el fondo de su corazón), decía, pues, hablando de aquella desventurada prisión, que había entrado en ella el más inocente de todos los hombres, y que había salido de ella el más culpable. «¡Ay!, proseguía, sólo respiraba para el servicio del rey y la grandeza del Estado!» Véase en estas palabras un sincero dolor de haber sido impulsado tan lejos por su desdicha. Pero sin querer excusar lo que él mismo ha condenado tan terminantemente, digamos, para no volver a hablar de ello jamás, que así como en la gloria eterna las faltas de los santos penitentes, amparadas por lo que han hecho para repararlas y por el infinito resplandor de la misericordia divina, se borran por completo, así en esas faltas tan sinceramente confesadas, y enseguida reparadas con tanta gloria por insignes servicios, debemos tan sólo mirar la humilde confesión del príncipe arrepentido de esas faltas, y la clemencia del gran rey que las olvidó.

Que si se vio arrastrado a estas infortunadas guerras, al menos tuvo la gloria de no haber envilecido la grandeza de su casa en países extranjeros. No obstante la majestad del imperio, no obstante esa fiereza del Austria y de las coronas hereditarias dependientes de esta casa, incluso la rama que domina en Alemania, refugiado en Namur, sostenido tan sólo por su valor y su reputación, llevó tan lejos las preeminencias de un príncipe de Francia y de la primera casa del mundo, que todo lo que de él pudo obtenerse, fue que consintiese en tratar de igual a igual con el archiduque, aunque era hermano del emperador y descendiente de tantos emperadores, a condición de que como árbitro le haría este príncipe los honores en los Países-Bajos. El mismo tratamiento se prometió al duque de Enghien y la casa de Francia conservó su preeminencia sobre la de Austria hasta en Bruselas. Pero ved a lo que obliga el verdadero valor. En tanto que el príncipe mantenía su rango con tanta altivez ante el archiduque, tributaba al rey de Inglaterra y al duque de York, ahora famoso rey, entonces desgraciado, todos los honores que les eran debidos, y enseñaba a España, en demasía desdeñosa, cuál era esa majestad que la mala fortuna no podía arrebatarse a príncipes tan grandes. No fue menos grande su conducta en lo demás. Ante las dificultades que sus intereses oponían a la paz de los Pirineos, escuchad cuáles fueron sus órdenes y ved si nunca un particular trató con mayor nobleza de sus intereses. Dice a sus agentes en la conferencia, que no es justo que la paz de la cristiandad se retarde por consideración a él; que se piense en sus amigos y que en cuanto a él, se le deje seguir su fortuna. ¡Ah! ¡cuán grande víctima se sacrifica al bien público! Pero cuando el aspecto de los negocios cambió y España quiso darle Cambrai y su territorio o el Luxemburgo en plena soberanía, declaró que prefería a estas ventajas y a todo cuanto en adelante se le concediese por grande que fuera la merced ¿qué creéis, señores? el cumplimiento de su deber y el favor del rey: esto tenía siempre en el corazón; esto repetía sin cesar. Éstos eran sus sentimientos naturales: Francia lo apreció entonces por estos últimos rasgos, en todo su verdadero valor, y lo vio rodeado de no sé qué de perfecto, que las desgracias imprimen en las grandes virtudes, y lo admiró más fiel que nunca en el servicio del Estado y de su rey, Pero en sus primeras guerras sólo podía ofrecerles su vida; ahora tiene otra que le es más querida que la suya. Después de haber terminado, a ejemplo suyo, y con gloria, sus estudios, el joven duque de Enghien muéstrase pronto a seguirlo a los combates. No contento con enseñarle el arte de la guerra, como hizo siempre en sus lecciones, el príncipe lo lleva a aprender las lecciones vivas y prácticas. Dejemos el paso del Rhin, prodigio de nuestro siglo y de la vida de Luis el Grande. En la jornada de Senef, el joven duque, aunque hubiese ya mandado como jefe en otras campañas, hace en medio de rudas pruebas el estudio del arte de la guerra al lado del príncipe su padre: cercado de peligros, ve a este gran príncipe arrojado en un foso, bajo un caballo ensangrentado. En tanto lo ofrece el suyo y trata de levantar al príncipe caído, recibe una herida en los brazos de un padre tan cariñoso, sin interrumpir su trabajo, lleno de alegría por satisfacer al propio tiempo a la piedad filial y a la gloria. ¿Cómo no había de pensar el príncipe, que para realizar las más grandes empresas sólo faltaban a su digno hijo ocasiones propicias? Y su ternura se redoblaba con su estimación.

No tan sólo por su hijo, y por su familia, experimentaba sentimientos tan tiernos; yo lo he visto (y no creáis que en esto pecho de exagerado); yo lo he visto vivamente conmovido ante el peligro en que se hallaban sus amigos; lo he visto, sencillo y natural, demudarse el rostro al escuchar el relato de sus infortunios, e interrogarles con el mismo interés acerca de los menores detalles, así como acerca de los de más importancia: lo he visto en las reconciliaciones entre adversarios calmar los ánimos exaltados con paciencia y dulzura que

nadie hubiera esperado jamás de un carácter tan vivo y tan elevado. ¡Lejos de nosotros los héroes sin humanidad!, podrán forzar al respeto y conquistarse la admiración, como lo consiguen todos los objetos extraordinarios, pero nunca tendrán de parte suya los corazones. Cuando Dios formó el corazón del hombre, puso en él primeramente la bondad como la cualidad propia de su naturaleza divina, y para que fuese la huella permanente de esa mano bienhechora de donde brotamos a la vida. La bondad debe, pues, formar el fondo de nuestro corazón, y debiera ser al propio tiempo el primer atractivo que desplegaríamos para ganarnos el afecto y la simpatía de los demás hombres. La grandeza elevada, lejos de debilitar la bondad, sólo se ha hecho para ayudarla a comunicarse más, a manera de una fuente pública que se eleva para mejor distribuirla. Tal es el precio de los corazones: los grandes a quienes no ha tocado en suerte la bondad, en justo castigo de su desdeñosa insensibilidad, se verán privados eternamente del bien más digno de aprecio en la vida humana, es decir, de las dulzuras de la sociedad. Ningún hombre las disfrutó como el príncipe de quien hablamos; ninguno temió menos que la familiaridad infiriese ofensas al respeto. ¿Es éste aquél que forzaba ciudades y ganaba batallas? ¡Cómo! ¡Aparenta olvidar ese alto rango que le hemos visto defender con tanta altivez! Admirad al héroe que siempre igual en todas las circunstancias, sin elevarse para parecer grande, sin rebajarse para ser atento y afectuoso, es naturalmente lo que debe de ser respecto a los demás hombres: río majestuoso y benéfico que apaciblemente lleva a las ciudades la abundancia que ha derramado en las campiñas al regarlas con sus aguas, que se ofrece a todo el mundo y no se desborda ni se hincha sino en el caso de que con violencia se pongan obstáculos a la suave pendiente que le permite seguir tranquilo su dilatado curso; tal ha sido la blandura y tal la fuerza de carácter del príncipe de Condé. ¿Tenéis algún secreto importante?, depositadlo confiadamente en ese noble corazón: la confianza que le otorgáis hace suyo vuestro asunto. Nada hay más inviolable para ese príncipe que los sagrados derechos de la amistad. Cuando se le pide una gracia, parece que es él quien debe mostrarse agradecido; jamás se vio alegría más viva ni más natural que la que él experimentaba cuando podía ser útil a alguien. El primer dinero que recibió de España con autorización del rey, no obstante las necesidades de su casa falta de recursos, lo repartió entre sus amigos, por más que una vez hecha la paz nada tenía que esperar de su apoyo; cuatrocientos mil escudos distribuidos por orden suya hicieron ver (cosa rara en la vida humana) la gratitud de que estaba animado el príncipe de Condé, tan viva en él como lo es en otros la esperanza de conquistar el afecto de los hombres. A sus ojos la virtud tuvo siempre su mérito: la elogiaba hasta cuando la veía resplandecer en sus enemigos. Cuantas veces tenía que hablar de sus acciones y hasta en los despachos que enviaba a la corte, elogiaba los consejos de unos, el valor de otros; daba a cada uno lo suyo en todas sus palabras; y entre lo que daba a todo el mundo, apenas dejaba lugar para lo que él mismo hacía. Sin envidia, sin artificio, sin ostentación, siempre grande lo mismo en la acción que en el reposo, viósele en Chantilly tan digno como a la cabeza de sus tropas. Ora embelleciese esta magnífica y deliciosa residencia, ora pertrechase un campamento en medio del país enemigo o fortificase una plaza, ora marchase al frente de un ejército rodeado de peligros, ora guiase a sus amigos por sus soberbias calles de árboles al rumor de los mil juegos de agua que ni de día ni de noche callan siempre fue el mismo hombre y su gloria le seguía por doquiera. ¡Cuán hermoso es en pos de los combates y del estruendo de las armas, saber gustar esas apacibles virtudes, esa gloria tranquila, que no es preciso compartir con el soldado no menos que con la fortuna, en que todo encanta y nada deslumbra, que se goza sin ser aturdido por el agudo sonido de los clarines, por el estruendo de los cañones, ni por los gritos de los heridos,

gloria en la cual el hombre aparece, aunque en la soledad, tan grande, tan respetado, como cuando sus órdenes y todo se mueve a su voz!

Hablemos ahora de las cualidades de su alma; y puesto que, para desdicha nuestra, lo que hay de más fatal a la vida humana, es decir, el arte de la guerra, es al propio tiempo el arte que más ingenio y habilidad requiere, consideremos ante todo y por este lado el poderoso genio de nuestro príncipe: en primer lugar, ¿qué general llevó más lejos su talento previsor? Era una de sus máximas la de que convenía temer al enemigo lejano, para no llegar a temerlo de cerca y poder regocijarse de su proximidad. ¿Lo veis como pesa todas las ventajas que puede dar o tomar? ¡Con qué rapidez ordena en su alma los tiempos, los lugares, las personas, y no solamente sus intereses y sus talentos, sino su carácter y sus caprichos! ¿Le veis contando la caballería y la infantería de los enemigos por los recursos de los países o de los príncipes confederados? Nada escapa a su previsión. Con prodigiosa comprensión de todos los detalles y del plan general de la guerra, vésele siempre atento a lo que puede sobrevenir: saca de un desertor, de un tráfuga, de un prisionero, lo que quiere decir, lo que quiere callar, lo que sabe y lo que no sabe: ¡tan seguro está de sus consecuencias! Sus espías le informan de los menores detalles, se le despierta a cada momento, pues otra sus máximas es que un capitán hábil puede ser vencido, pero no debe dejarse sorprender, y en efecto, diremos en su elogio que nunca lo fue. A cualquiera hora, y de cualquier lado de que lleguen los enemigos, le hallan siempre en guardia, pronto siempre a caer sobre ellos y a tomar la revancha como un águila que ora vuela en el seno de las nubes, ora se abata sobre la cima de alguna roca, lanza en todas direcciones penetrantes miradas, y cae con tal seguridad sobre su presa que se hace imposible evitar así sus garras como sus ojos. Vivas también eran las miradas, rápidos e impetuosos los ataques, fuertes e inevitables las manos del príncipe de Condé. En sus campamentos eran desconocidos los vanos terrores que fatigan y desalientan mas que los terrores reales: resérvanse enteras todas las fuerzas para los peligros verdaderos: todo está pronto para la primera señal, y como dice el profeta: «Todas las flechas están aguzadas, todos los arcos tendidos.» En la espera se entrega el ejército al sueño tranquilo como lo haría bajo un techo o en un lugar cerrado. Digo mal, no reposa; en Pieton, cerca de ese temible ejército que tres potencias aliadas habían reunido, nuestras tropas viven en continuas escaramuzas; la alegría circulaba en las filas de nuestras tropas y nunca sintieron que eran más débiles que el ejército enemigo. El campamento del príncipe había asegurado no sólo nuestras fronteras y todas nuestras plazas y fuertes, sino también a todos nuestros soldados: velaba el príncipe y esto era suficiente. Al fin el enemigo levanta el campo, que era lo que el príncipe esperaba. Se pone en marcha, inicia este primer movimiento: no se le escapará ya el ejército holandés con sus soberbios estandartes: corre a torrentes la sangre, todo cae en su poder, pero Dios sabe poner límites a los planes más perfectos. No obstante, los enemigos son arrojados de todas partes: libértase a Oudenarde que iba a caer en sus manos; el cielo los cubre con espesa niebla a fin de librarlos de la persecución del príncipe: el terror y la desertión se apoderan de sus filas y en vano se busca en qué ha venido a parar aquel formidable ejército. Entonces fue cuando Luis, que después de terminar el rudo asedio de Besangon, y de haber nuevamente invadido el Franco-Condado con inaudita rapidez, llegaba cubierto de gloria, para aprovecharse de la acción de sus ejércitos de Flandes y de Alemania, se puso al frente del cuerpo de ejército que en Alsacia realizó tantas maravillas, que todos tenemos presentes y apareció el más grande de los hombres lo mismo por los prodigios que había llevado a cabo por sí propio, como por los que había hecho llevar a cabo a sus generales.

Por más que su elevada cuna hubiese enriquecido a nuestro príncipe con grandes dones, no cesaba un momento de aumentarlos con sus estudios: las campañas de César fueron objeto preferente de su atención. Recuerdo que nos encantaba contándonos como en Cataluña, en los parajes en que aquel famoso capitán, favorecido por su posición, obliga a cinco legiones romanas y a dos jefes experimentados a deponer las armas sin combate, él mismo había explorado los ríos, y las montañas que favorecían aquella grande empresa, y jamás maestro alguno explicó tan doctamente como el príncipe los comentarios de César. Los capitanes de los siglos futuros le tributarán honores semejantes.

Entonces vendrán a estudiar sobre los lugares de la lucha lo que la historia cuenta del campamento de Pieton y de las maravillas de que fue seguido. Se señalará en Chatenoy, la eminencia que ocupó este gran capitán y el riachuelo donde se puso a cubierto del fuego del cañón de la trinchera de Schelestad; se le verá allí despreciando a Alemania coaligada, seguir a su vez a los enemigos, aunque más fuertes, hacer estériles sus esfuerzos, y obligarles a levantar el sitio de Saverne, como antes había hecho en el de Hagenau. Con estos golpes de genio militar, de que está llena su vida, elevó tan alta su reputación, y se formó nombre en nuestros tiempos en el mundo e hizo que fuese título de gloria en los soldados el haber servido bajo las órdenes del príncipe de Condé, y mérito bastante para mandarlos el haberle visto operar en los campos de batalla.

Pero donde verdaderamente se mostró como hombre extraordinario, donde se le puede considerar como esclarecido, y capaz de penetrar todas las cosas, fue en esos cortos momentos de que dependen las victorias y en el ardor del combate. En todas partes dócil a los consejos de los demás, delibera; todo se presenta de un golpe a sus ojos, sin que le confunda la multitud y variedad de objetos en que había de fijarse, en un momento toma sus determinaciones, manda y ejecuta a un tiempo y todo marcha en orden y con gran seguridad. ¿Lo debo decir? ¿Por qué temer que la gloria de tan grande hombre pueda ser amenguada por esta confesión? Tenía prontos arrebatos, que reparaba en seguida de una manera agradable, pero que se le notaban en las circunstancias ordinarias: diríase que había en él otro hombre cuya grande alma desdeñaba las cosas pequeñas en que no se dignaba mezclarse. En el fuego, en el choque, en las militares conmociones, se ve nacer en él de pronto un no sé qué de sereno, de vivo, de dulce y de agradable para los suyos, como de amenazante y de altivo para los enemigos, sin que fuera posible adivinar el origen de tan opuestas cualidades. En esa terrible jornada donde en las puertas de la ciudad y a la vista de sus habitantes, pareció el cielo decidir la suerte del príncipe, donde con la flor de sus tropas, tenía enfrente a un general tan temible, donde más que nunca se vio expuesto a los caprichos de la instable fortuna en tanto caen de todas partes los golpes, aquellos que a su lado combatían, nos han dicho repetidas veces, que si se quería tratar algún gran negocio con el príncipe hubieran podido elegirse aquellos momentos en que todo era fuego y tumulto en torno suyo: ¡de tal manera se elevaba entonces su alma!, ¡de tal suerte parecía su espíritu esclarecido por la inspiración celeste en medio de aquellos terribles combates! Semejante en esto a alta montaña, cuya cima, sobrepasando las nubes y las tempestades, en su elevación halla la serenidad y no pierde ni un sólo rayo de la luz que la rodea. En los llanos de Lens, nombre grato para Francia, el archiduque, contra sus propósitos, abandona un punto en que era invencible, atraído por el cebo de un triunfo engañoso, a causa de inopinado movimiento del príncipe, que pone tropas de fresco, donde había tropas

fatigadas; el archiduque, se ve obligado a emprender la huida; sus antiguos soldados perecen, su artillería cae en nuestras manos, y Bek que lo había halagado con la idea de una victoria segura, herido y prisionero en el combate viene a rendir, muriendo, con su desesperación, triste homenaje a su vencedor. ¿Trátase de socorrer o de forzar una plaza?, el príncipe sabrá aprovechar todos los momentos. Así, pues, a la primera noticia que casualmente llega a sus oídos de un importante asedio, cruza con desusada rapidez una extensa comarca, y de un golpe de vista descubre un paso seguro para socorrer la plaza sitiada, en parajes que el enemigo, no obstante su vigilancia, no ha guardado suficientemente. ¿Sitia una plaza?, todos los días inventa nuevos recursos para adelantar el sitio. Créese que expone a sus soldados, pero en realidad los economiza abreviando los momentos del peligro, merced al vigor de los ataques. En medio de tantos golpes sorprendentes, los gobernadores más animosos no pueden cumplir las promesas hechas a sus generales: Dunkerque, es tomada en trece días en medio de las lluvias del otoño; y sus naves, tan temidas por nuestros aliados, aparecen de pronto en el Océano, ostentando nuestras banderas.

Pero lo que un general prudente debe conocer ante todo, es a sus propios soldados y a los jefes; porque de ello depende ese perfecto concierto que hace obrar a los ejércitos como un sólo cuerpo, o para usar de la expresión de la Santa Escritura; como un sólo hombre:» Egressus est Israel tamquam vir unus ¿Y por qué como un sólo hombre? Porque bajo un sólo jefe, que conoce los soldados y los capitanes, como sus brazos y sus manos, todo marcha igualmente con medida y rapidez. Esto concede la victoria; he oído decir a nuestro gran príncipe que en la jornada de Nordlingue, lo que le aseguró el éxito fue el conocimiento que tenía de Turena, cuya consumada habilidad no necesitaba orden alguna para todo lo que se intentara. Este general por su parte declaraba que obraba sin inquietud porque conocía al príncipe y sus órdenes siempre seguras; así concedíanse mutuamente una tranquilidad que les permitía consagrarse cada uno por entero a sus actos. Así se dio fin dichosamente a la batalla más aventurada y más disputada que jamás se había dado.

Fue un grande espectáculo en nuestro siglo el ver en los mismos tiempos y en las mismas campañas a esos dos hombres que la pública opinión en Europa igualaba a los más grandes capitanes de los siglos pasados, unas veces a la cabeza de ejércitos separados, otras veces unidos, más por el concurso de los mismos pensamientos, que por las órdenes que el inferior recibiera del superior, y otras veces opuestos frente a frente y emulando en vigilancia y actividad; como si Dios, cuya sabiduría según la Escritura, a menudo se revela en el Universo, hubiese querido mostrárnoslos bajo todas las formas, y enseñarnos todo cuanto puede hacer de los hombres. ¡Cuántos campamentos! ¡Cuántas marchas hábiles! ¡Cuánto atrevimiento! ¡Cuántas precauciones! ¡Cuántos peligros! ¡Cuántos recursos! ¿Viéronse jamás en dos hombres las mismas virtudes en caracteres tan diversos, por no decir tan contrarios? El uno parece obrar con profunda reflexión, el otro en virtud de súbitas inspiraciones; éste por lo tanto muestra mayor actividad, pero sin que su ardor tenga nada de precipitado; aquél con mayor frialdad, sin que se le pueda culpar de lento, más atrevido en las acciones que en las palabras, resuelto y determinado interiormente cuando más apurado era el lance en que se hallaba. El uno desde el momento en que aparece en los ejércitos da alta idea de su valor, y hace esperar acciones extraordinarias, pero siempre progresa ordenadamente, y llega como por grados a los prodigios con que terminó el curso de su vida; el otro, como un hombre inspirado, en su primera batalla iguala a los maestros

más consumados en el arte de la guerra; el uno, con activos y continuos esfuerzos conquista la admiración del género humano, y hace callar a la envidia; el otro lanza en seguida tan viva luz, que la envidia no osa atacarle; el uno, en fin, por la profundidad de su genio y los increíbles recursos de su valor elevase sobre los mayores peligros, y aprovechase hasta de las mismas veleidades de la fortuna; el otro con la ventaja de su alto nacimiento, y por los grandes pensamientos que el cielo le inspira, y por una especie de admirable instinto del que los hombres no conocen el secreto, parece nacido para encadenar a la fortuna a sus propósitos y para forzar al destino. Y a fin de que se viese en estos dos hombres grandes caracteres, pero diversos, el uno es arrebatado por golpe inesperado muerto para su país como un Judas Macabeo; el ejército lo llora como a un padre, y la corte y todo el pueblo gime, elógiase su piedad lo mismo que su valor, y su memoria no es marchitada por el tiempo; el otro, elevado por las armas al colmo de la gloria, como un David, muere como él, en su lecho publicando las alabanzas de Dios, aleccionando a su familia, y deja todos los corazones tan llenos del resplandor de su vida, como de la dulzura de su muerte. ¡Qué espectáculo ofrece el ver y el estudiar a esos dos hombres, y conocer por cada uno de ellos toda la estimación que se profesaban! Esto ha visto nuestro siglo y ha visto también algo más grande, ha visto a un rey servirse de esos dos grandes jefes, y aprovecharse de los auxilios del cielo; y después de verse privado de los servicios del uno por la muerte y de los servicios del otro por las enfermedades, ha visto a ese rey concebir los planes más altos, ejecutar las acciones más grandes, elevarse sobre sí mismo, sobrepujar las esperanzas de los suyos y la expectación del universo: ¡Tan elevado es su ánimo! ¡Tan vasta es su inteligencia! ¡Tan gloriosos sus destinos!

Ved, señores, los espectáculos que Dios ofrece al Universo, y los hombres que envía cuando quiere hacer brillar, ora en una nación, ora en otra, según a sus eternos decretos place, su poder o su sabiduría; porque estos divinos talentos parecen más dignos del cielo que con sus manos formó, que de esas raras facultades que concede a su placer a los hombres extraordinarios. ¿Qué astro brilla más en el firmamento que lo que ha brillado el príncipe de Condé en Europa? No era tan sólo la guerra lo que le daba ese brillo; su grande genio lo abarcaba todo, lo antiguo lo mismo que lo moderno, la historia, la filosofía, la más sublime teología, y las artes al par de las ciencias; no había libro que no leyese; no había hombre de mérito en cualquier materia, en cualquiera tarea, con el que no conversase; todos salían más ilustrados de su trato, y rectificaban sus ideas, unas veces a causa de sus preguntas intencionadas, otras por sus juiciosas reflexiones. Era también su conversación encantadora, pues sabía hablar a cada uno según sus talentos; y no tan sólo hablaba a los guerreros de sus empresas, a los cortesanos de sus intereses, a los políticos de sus negociaciones, sino que también conversaba con el viajero curioso de lo que había descubierto en la naturaleza, en el gobierno de los pueblos o en su comercio, al artista de sus inventos, y en fin, a los sabios de todas clases, de lo que habían hallado de maravilloso. De Dios nos vienen estos dones ¿quién lo duda?, son admirables esos dones ¿quién no lo ve? Mas para confundir al espíritu humano que de estos dones se enorgullece, Dios los concede también a sus enemigos. San Agustín ve entre los paganos tantos sabios, tantos conquistadores, tantos graves legisladores, tantos excelentes ciudadanos, un Sócrates, un Marco Aurelio, un César, un Scipion, un Alejandro, todos privados del conocimiento de Dios, y excluidos de su eterno reino. ¿No es Dios quien los cree? ¿Y quién otro pudiera crearlos siendo él el que hizo cuanto hay en el cielo y en la tierra?, pero ¿por qué los hizo?, ¿cuáles fueron los particulares propósitos de esa profunda sabiduría que nada hace jamás en

vano? Escuchad la respuesta de San Agustín: «Los ha creado, nos dice, para ornamento del presente siglo:» *Ut ordinem saeculi presentis ornaret.* Ha creado en los grandes hombres esas raras cualidades lo mismo que ha creado el sol. ¿Quién no admira ese bello astro? ¿Quién no se extasía en el resplandor de su medio día, y en la soberbia belleza de su aurora y de su poniente? Puesto que Dios lo hace lucir sobre los malos y los buenos, no es tan bello objeto el que nos hace gozar. Dios lo ha hecho para embellecer y para iluminar este gran teatro del mundo. Así también, cuando ha dotado a sus enemigos igualmente que a sus servidores, con las bellas radiaciones del ingenio, con la luz de la inteligencia, con la imagen de su bondad, no ha sido para hacerlos dichosos con tan ricos presentes, sino para que ornaran el universo, para que ilustraran su siglo. Y ved la desdichada suerte que ha cabido a aquellos hombres que ha elegido para ser el ornamento de su siglo: ¿qué han querido esos hombres extraordinarios sino el elogio y la gloria que los hombres conceden? ¿Para confundirlos quizá, Dios negará esa gloria a sus vanos deseos? No, los confunde de una manera más completa concediéndosela, y aún más allá de sus esperanzas. Ese Alejandro, que sólo deseaba hacer ruido en el mundo lo hace mayor del que esperaba; aún se le encuentra en todos nuestros panegíricos; y parece, que por una especie de fatalidad propia de este conquistador, no es posible tributar elogios a ningún Príncipe sin que aquel participe de ellos. Si hubieran sido necesarias las recompensas a las grandes acciones de los romanos, Dios ha sabido concederles una propia de sus méritos y de sus deseos; les ha dado el imperio del mundo como presente de ningún valor. ¡Oh reyes!, ¡confundíos en vuestra grandeza! ¡Conquistadores!, ¡no os envanezcáis con vuestras victorias! Dios les da por recompensa la gloria de los hombres; recompensas de que no llegan a disfrutar, y que va unida ¿a qué?, tal vez a sus medallas y a sus estatuas desenterradas, como restos de los años y de los bárbaros; las ruinas de sus monumentos y de sus obras, disputadas al tiempo, o más aún su memoria, su sombra, lo que llaman su nombre; he ahí el digno precio de tantos trabajos, y en el colmo de sus deseos la prueba de su error. Venid, grandes de la tierra, apoderaos si podéis, de ese fantasma de gloria, a ejemplo de esos grandes hombres a quienes admiráis. Dios, que castiga su orgullo en los infiernos, no les ha envidiado, dice San Agustín, esa gloria tan deseada; y «vanos, han recibido una recompensa tan vana como sus deseos:» *Receperunt mercedem suam, vani vanam.*

No será así con nuestro grande príncipe; la hora de Dios ha sonado, la hora esperada, la hora deseada, la hora de misericordia y de gracia. Sin que la enfermedad lo advirtiese, sin ser apremiado por el tiempo, ejecuta lo que meditaba. Un sabio religioso a quien expresamente llama, pone en orden los graves asuntos de su conciencia; obedece como humilde cristiano a su determinación, sin que nadie dudase jamás de su buena fe. Desde entonces se le ve de continuo seriamente ocupado en la tarea de vencerse a sí mismo, en hacer vanos todos los ataques de sus insoportables dolores, en hacer con su sumisión un sacrificio continuado. Dios, a quien con fe invocaba, le concedió el amor a su Escritura Santa, y en este libro divino halló el alimento sólido de la piedad. Sus actos se ajustaron más que nunca a la idea de la justicia; consolaba a la viuda al huérfano, y el pobre se acercaba a él con confianza. Padre de familia tan grave con lo amable, en las dulces pláticas que tenía con sus hijos, no cesaba de inspirarles sentimientos de verdadera virtud; y ese joven príncipe, su nieto, demostrará eternamente que ha sido cultivado por tales manos. Toda su casa aprovechaba su ejemplo. Muchos de sus criados habían sido desgraciadamente alimentados en el error que la Francia toleraba entonces: ¡cuantas veces se le vio inquieto por su salvación, afligido por su resistencia, consolado por su conversión!

¡Con qué incomparable claridad de espíritu les hacía ver la antigüedad y la verdad de la religión católica! No era ya el ardiente guerrero vencedor que parecía avasallar todo; era la dulzura, la paciencia, la caridad, ganosas de conquistar los corazones, y de curar a las almas enfermas. Eso al parecer tan sencillo, señores, gobernar la familia, edificar a los servidores, hacer justicia, practicar la caridad, realizar el bien prescrito por Dios, y sufrir los males que envía esas prácticas comunes de la vida cristiana serán las que Jesucristo alabará en el último día delante de sus santos ángeles y de su Padre celestial; borradas serán las historias al par de los imperios, y no se hablará más de todos esos hechos brillantes de que están llenas.

En tanto pasaba su vida en esas ocupaciones, y ponía por encima de sus más renombrados hechos la gloria de tan bello y piadoso retiro, la noticia de la enfermedad de la duquesa de Borbón llegó como un rayo a Chantilly. ¿A quién no lastimó hondamente el ver extinguida aquella luz que comenzaba a brillar? ¿Cuáles fueron los sentimientos del príncipe de Condé cuando se vio amenazado de perder el nuevo lazo que unía a su familia con la persona del rey? ¡Esta debía ser a ocasión de la muerte del héroe! ¡Aquél a quien tantas batallas, tantos asedios, no habían podido dar muerte, va a perecer a causa de su ternura! Penetrado por todas las inquietudes que comunica un mal horroroso, su corazón, que lo sostiene desde hace tanto tiempo, acaba de desalentarse con este golpe, y las fuerzas de que estaba dotado se agotan. Si olvida todas sus debilidades a la vista del rey próximo al lecho de la doliente princesa, si arrebatado por su celo, y sin necesidad del auxilio de nadie esta vez, corre para advertir a ese gran rey los peligros que no temía, y le impide el que avanzase más, cae bien pronto desvanecido a los pocos pasos; y es objeto de admiración esta nueva manera de exponer su vida por su rey. Por más que la duquesa de Enghien, Princesa cuya virtud sólo temía faltar al cuidado de su familia y al cumplimiento de sus deberes, obtuviese el quedarse cerca de él para consolarlo, la asistencia de esta princesa, no calma las inquietudes que lo asedian: y después que la joven princesa está ya fuera de peligro, la enfermedad del rey viene a causar nuevas inquietudes a nuestro príncipe. ¿Puedo hacer alto en este punto? Al ver la serenidad que en aquella frente augusta brillaba ¿se hubiera sospechado que el gran rey al volver a Versalles, iba a exponerse a esos crueles dolores merced a los cuales el universo ha conocido su piedad, su constancia y todo el amor de sus pueblos? ¿Con qué ojos de amor no le mirábamos cuando a expensas de su salud que nos es tan querida, deseaba calmar nuestras crueles inquietudes con el consuelo de verlo, y cuando dueño y señor de sus propios dolores como de todo lo demás lo veíamos todos los días no tan sólo dirigir sus asuntos como de costumbre, sino también entreteniéndolo a su conmovida corte con la misma tranquilidad con que en otro tiempo recorría sus encantados jardines? ¡Bendito sea por Dios y por los hombres, pues sabía unir así la bondad con todas las otras cualidades que en él admiramos! En medio de sus acerbos dolores informábase con interés acerca del estado del príncipe de Condé, mostrando por su salud una inquietud que no sentía por la suya propia.

Languidecía este gran príncipe pero la muerte ocultaba su proximidad. Cuándo más restablecido se le suponía, y cuando el duque de Enghien, siempre atento a sus dobles deberes de hijo y de súbdito, había vuelto en virtud de las órdenes de su padre al lado del rey, todo cambia en un momento, y anuncia la próxima muerte del príncipe.

Cristianos, escuchadme atentos, y venid a aprender a morir, o mejor dicho, venid a aprender a no esperar la última hora para comenzar a vivir bien. ¡Cómo!, ¡esperar el comienzo de una nueva vida, cuando entre las manos de la muerte, heladas por su frío contacto, no sabéis si debéis contaros entre los muertos, o si aún figuráis en el reino de los vivos! ¡Ah!, ¡preparaos con la penitencia para esa hora de turbación y de tinieblas! Por esto, sin mostrarse abatido al oír la última sentencia que se le notificaba, el príncipe permaneció un momento en silencio y de pronto dijo: «¡Oh Dios mío! vos lo queréis: ¡que se cumpla vuestra soberana voluntad!, ¡arrójome en vuestros brazos! Concededme la gracia de una buena muerte.» ¿Que más deseáis? En esta corta plegaria, bien veis la sumisión a las órdenes de Dios, la confianza completa en su providencia, en su gracia y la más fervorosa piedad. Tal como se le había visto en todos sus combates, resuelto, apacible, ocupado sin inquietud, en lo que era preciso hacer para sostenerlos, así se le vio también en aquella última batalla, y la muerte no le pareció más temible cuando se presentaba pálida y desfallecida, que en medio del fuego de la lucha y en el resplandor de la victoria. En tanto en torno suyo, y por doquiera estallaban los sollozos, como si no fuese él quien provocase estas demostraciones de dolor, proseguía dando sus últimas disposiciones; y si prohibía el llanto, no era por cierto a causa de que le produjese honda perturbación, sino como un obstáculo que retardaba su marcha. En aquellos momentos hace extensivos sus cuidados al último de sus sirvientes; con liberalidad digna de su cuna y de sus servicios, los deja colmados de dones, y más honrados aún con las señales de su bondadoso recuerdo. Da órdenes de la más alta importancia, pues se trataba de su conciencia y de su salvación eterna, y se le advierte que es preciso escribir su última voluntad con todas las formas legales de costumbre; aunque renueve, Monseñor, vuestra profunda pena, aunque deba abrir de nuevo las heridas de vuestro corazón no pasaré en silencio las palabras que el príncipe pronunció en su hora postrera repetidas veces; que conocía vuestros sentimientos; que no eran precisas formalidades de ninguna clase para dejaros el depósito de sus intenciones, que iríais aún más allá y supliríais por vuestro propio impulso cuanto él hubiera podido olvidar. Que os haya amado un padre no me maravilla, puesto que es este un sentimiento que la naturaleza inspira; pero que un padre tan esclarecido atestigüe su confianza hasta el último suspiro, que descansa en vos acerca de tan importantes asuntos, y que muera tranquilamente con aquella seguridad, es sin duda el testimonio más hermoso que vuestra virtud podía obtener, y, no obstante todos vuestros méritos, no consagraré hoy a vuestra alteza otra alabanza que ésta.

Lo que después el príncipe comenzó a hacer para cumplir sus deberes religiosos merecía ser contado a toda la tierra, no porque sea digno de mención, sino precisamente porque no lo es, y porque un príncipe objeto de universal atención, no se dio en espectáculo a la admiración de las gentes. No esperéis, pues, señores, esas magníficas frases que sólo revelan, sino oculto orgullo, al menos los esfuerzos de un alma agitada que combate o que disimula su interior turbación. El príncipe de Condé ignoraba el arte de pronunciar esas pomposas sentencias, y en la muerte como en la vida la verdad constituyó siempre toda su grandeza.

Su confesión fue humilde, llena de compunción y de confianza; no necesitó largo tiempo para prepararla; la mejor preparación para esas últimas horas es la de no esperarlas. Pero, señores, prestad atención a lo que os voy a decir. A la vista del Santo Viático que tanto había deseado, ved cómo se fija en tan consolador objeto. Recuerda entonces las

irreverencias con que ¡ay! se ofende a ese divino misterio. Los cristianos no conocen ya el santo terror que inspiraba en otros tiempos el sacrificio; diríase que ha cesado de ser terrible, como lo llamaban los Santos Padres, y que la sangre de nuestra víctima no corre aún con tanta realidad como sobre el Calvario; lejos de temblar ante los altares menospreciase a Jesús; y en un tiempo en que todo un reino se conmueve para la conversión de los herejes, no se teme autorizar a los blasfemos. No pensáis, profanos, en esos horribles sacrilegios; a la hora de la muerte pensareis en ellos llenos de confusión y de remordimientos.

El príncipe recordó todas las faltas que había cometido, y sintiéndose débil para explicar con energía los sentimientos que le agitaban, expresose por boca de su confesor para pedir perdón al mundo, a sus criados y a sus amigos. Con lágrimas de dolor se le respondió... ¡Ah!, respondedle ahora aprovechando este ejemplo. Los demás deberes religiosos fueron por él cumplidos con la misma piedad y con igual fuerza de espíritu. ¡Con cuánta fe y cuán repetidas veces rogó al salvador de las almas, besando su cruz, que su sangre no fuese estérilmente derramada por él! Esto justifica al pecador, esto sostiene al justo, esto sostiene al cristiano. ¿Y qué diré de las santas preces de los agonizantes, donde en los esfuerzos realizados por la Iglesia, se escuchan sus más fervientes votos, y como los últimos gritos con que esta santa madre acaba de criarnos para la vida celeste? El príncipe se los hizo repetir tres veces, y en ellos encontró siempre nuevos consuelos. Al dar gracias a sus médicos los decía: «He aquí ahora mis verdaderos médicos.» Y señalaba a los eclesiásticos cuyas exhortaciones escuchaba, cuyas plegarias repetía, cuyos salmos tenía de continuo en los labios, cuya confianza atesoraba siempre en el corazón. Si se quejaba era tan sólo por haber sufrido tan poco para expiar sus pecados; sensible hasta el último instante a las demostraciones de ternura de los suyos, no se dejó abatir ni un momento, al contrario, parecía proponerse el no conceder nada a la debilidad de la naturaleza.

¿Qué diré de sus últimas conferencias con el duque de Enghien? ¿Qué colores serían bastante vivos para representar la constancia del padre y la profunda pena del hijo? El rostro cubierto de lágrimas, con más sollozos que palabras en la boca, ya cubriendo de besos aquellas manos en otro tiempo victoriosas y ahora desfallecidas, ya arrojándose en sus brazos y sobre el seno paterno, parecía que con tantos esfuerzos intentaba retener en la vida a aquel caro objeto de sus respetos y de sus ternuras; fáltanle las fuerzas y cae a sus pies. El príncipe, sin conmoverse le deja recobrar ánimo; después llamando a la duquesa, su nuera, a quien veía también muda y casi sin vida, con ternura en que nada había de debilidad, le da sus últimos mandatos, en los que todo respiraba piedad. Termina bendiciéndolos con esa fe y ese fervor que llegan a los oídos de Dios, y al propio tiempo bendice, como otro Jacob, a cada uno de sus hijos en particular; y se vio de una y de otra parte cuanto palidece al ser relatado. No olvidaré, ¡oh príncipe! su querido sobrino y casi su segundo hijo, el glorioso testimonio que constantemente consagró a vuestro mérito, ni sus tiernos cuidados, ni la carta que escribió moribundo, al rey para restableceros en su gracia, lo que constituía vuestro más ardiente anhelo, ni de tantas bellas cualidades que os hicieron digno de ocupar tan vivamente las postreras horas de aquella ilustre existencia; no olvidaré las bondades del rey que se adelantaron a los deseos del príncipe moribundo, ni los generosos cuidados del duque de Enghien, que se esforzó en conseguir aquella gracia, ni el agrado con que el príncipe lo vio tan cuidadoso dándole la satisfacción de servir a tan querido pariente. En tanto que su corazón se complace, y su voz se reanima elogiando al

rey, llega el príncipe de Conti penetrado de reconocimiento y de dolor; renuévanse los enternecimientos; los dos príncipes oyeron juntos lo que jamás olvidara su corazón, y el de Condé terminó asegurándoles que nunca serían ni grandes hombres, ni grandes príncipes, ni almas honradas, si no eran espíritus rectos fieles a Dios y al rey. Ésta fue la última frase que dejó grabada en su memoria, ésta fue, a más de la postrera muestra de su cariño, el resumen de todos sus deberes.

Por doquiera resonaban los gritos, todo se confundía en lágrimas: sólo el príncipe no parecía conmovido, la turbación no llegaba al asilo en que se había refugiado. ¡Oh Dios mío! ¡Vos creabais su fuerza, su inquebrantable amparo, la firme roca en que se apoyaba su constancia! ¿Puedo callar lo que durante estos sucesos ocurría en la corte y en presencia del rey? Cuando se hizo leer la última carta que le escribía el grande hombre, y cuando vio, en las tres épocas que recordaba el príncipe esos servicios de que se ocupaba ligerísimamente, confesando sus faltas con sincera gratitud no hubo corazón que no se enterneciese al oírle hablar de sí mismo con tanta modestia; y esta lectura seguida de las lágrimas del rey, hizo ver lo que los héroes sienten los unos por los otros: pero cuando se llegó al pasaje, en que el príncipe declaraba que moría contento y hartado de tener aún bastante vida para manifestar al rey su reconocimiento, su adhesión, y, si osada decirlo, su cariño, todo el mundo hizo justicia a la verdad de sus sentimientos, y a los que frecuentemente le habían oído hablar del gran rey en sus conversaciones familiares, pudieron asegurar, que jamás habían escuchado nada más respetuoso nada más afectuoso hacia su sagrada persona, ni más enérgico en celebrar sus virtudes reales, su piedad, su valor, su bravura, su grande genio, principalmente en el arte de la guerra, que lo manifestado por el ilustre príncipe sin lisonja ni exageración en varias ocasiones.

En tanto se le hacía esta justicia, el grande hombre ya no existía; tranquilo en los brazos de su Dios en los que se había arrojado, esperaba su misericordia e imploraba su socorro, hasta que al fin cesó de respirar y de vivir.

Aquí debiera dar libre expansión al justo dolor por la pérdida de tan grande hombre; pero por amor a la verdad y para vergüenza de los que la desconocen, escuchad aún el bello testimonio que al morir la consagró. Advertido por su confesor que si nuestro corazón no pertenecía aún por completo a Dios, era conveniente, que dirigiéndose a él le pidiésemos un corazón agradable ante sus ojos, diciendo como David, estas tiernas palabras: «¡Oh Dios mío!, cread en mí un corazón puro;» el príncipe quedose al oír estas palabras como absorto en algún grande pensamiento, y después llamando al santo religioso que le había dado aquel hermoso consejo, dijo: «Jamás he dudado de los misterios de la religión, por más que se haya dicho algo en contrario.» Debéis creerlo, cristianos, que en el estado en que se hallaba sólo debía al mundo la verdad. «Pero, prosiguió, ahora dudo menos que nunca. ¡Cuánto se esclarecen esas verdades en mi espíritu, continuó con encantadora dulzura. Sí, decía, veremos a Dios tal como es, cara a cara.» Repetía en latín con placer maravilloso estas grandes palabras. *Siculi est, facie ad faciem*, y no nos cansábamos de verlo entregado a aquel dulcísimo transporte.

¿Qué se realizaba en aquel alma? ¿Qué nueva luz brillaba ante ella? ¿Qué súbito rayo rompía la nube y desvanecía en aquel momento con todas las ignorancias de los sentidos, las tinieblas mismas, las santas oscuridades de la fe? ¡Qué vienen a ser, pues, esos bellos

títulos con que halagamos nuestro orgullo! En la proximidad de tan hermoso día, en la aurora de tan viva luz, ¡cuán prontamente desaparecen todos los fantasmas del mundo! ¡Cuán sombrío parece ante ella el resplandor de la más grande victoria! ¡Cuánto se menosprecia la gloria, y cómo detestamos la debilidad de estos ojos que tan fácilmente se dejan deslumbrar!

Venid, pueblos, venid ahora; pero venid primero, príncipes y señores, y vosotros los que juzgáis a la tierra, y vosotros los que abris a los hombres las puertas del cielo, y vosotros aún más que los otros, príncipes y princesas, nobles retoños de tantos reyes, lumbreras de la Francia, hoy oscurecidas y cubiertas por el dolor como por una nube; venid a ver lo poco que nos resta de una augusta cuna, de tanta grandeza y de tanta gloria. Volved en torno vuestro los ojos; ved todo cuanto han podido realizar la magnificencia y la piedad para honrar a un héroe; títulos, inscripciones, vanas señales de quien ya no es nada; figuras que parecen llorar en torno de un sepulcro, y frágiles imágenes de un dolor que el tiempo arrastrará como todo lo demás; columnas que levantan audaces hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra nada; nada en fin falta en todos estos honores a no ser aquel a quien están consagrados.

Llorad, pues, sobre estos débiles despojos de la vida humana, llorad sobre esa melancólica inmortalidad que concedemos a los héroes; aproximaos, en particular ¡oh! vosotros, que con tanto ardor corréis por el camino de la gloria, almas guerreras e intrépidas; ¿quién fue más digno de dirigiros en el combate? ¿En cual otro habéis encontrado más honrosa jefatura? Llorad, pues, a ese gran capitán y decid gimiendo: «He aquí al que nos regía a través de los azares de la guerra; a su sombra se han formado tantos ilustres capitanes, que su ejemplo elevó a los primeros honores de la guerra; su sombra hubiera podido aún ganar batallas, y he ahí que en su silencio hasta su nombre nos anima y parece decirnos, que para arrebatar a la muerte algún resto de nuestros trabajos, y no llegar sin recursos a nuestra eterna morada con el rey de la tierra, es preciso servir también al rey del cielo. «Servid, pues, a ese rey inmortal y lleno de misericordia, que tendrá en cuenta un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre, más que toda vuestra sangre derramada en los combates; y comenzad a contar vuestro tiempo de útiles servicios desde el día en que os entreguéis a la voluntad de señor tan benéfico. ¿Y vosotros no vendréis ante este triste monumento, vosotros a quienes el ilustre príncipe contaba en el número de sus amigos? Todos juntos, cualesquiera que sea el grado de confianza que os concediese, rodead su tumba, verted lágrimas, elevad plegarias, y admirando en un príncipe tan grande, amistad tan amable y relaciones tan dulces, conservad fielmente la memoria de un héroe cuya bondad igualaba al valor. ¡Así sea para vosotros siempre dulcísimo recuerdo! ¡Así podáis aprovecharos útilmente de sus virtudes! ¡Así su muerte os sirva a un tiempo de consuelo y de ejemplo!

En cuanto a mí, si me es lícito, después de los demás, el venir a ofrecer los últimos deberes ante esa tumba, ¡oh príncipe, digno objeto de nuestras alabanzas y de nuestras tristezas!, viviréis eternamente en mi memoria: en ella se grabará vuestra imagen, no con aquellos rasgos de audacia que parecían prometer la victoria, no, no quiero ver en vos nada de lo que la muerte ha borrado aquí; tendréis inmortales rasgos en esa imagen; os veré tal cual os he visto el último día de vuestra vida bajo la mano de Dios, cuando parecía que comenzaba a mostraros el resplandor de su gloria. En esta forma os veré más victorioso que

en Friburgo y en Rocroy, y arrebatado por tan bello triunfo, diré en acción de gracias estas hermosas palabras del discípulo amado: Et haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra: «La verdadera victoria, la que postra a nuestros pies al mundo entero, es nuestra fe.»

Gozad, príncipe, de esta victoria, gozad de ella eternamente por la virtud inmortal de ese sacrificio; aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fue bien conocida; vos pondréis término a todos sus discursos. En vez de deplorar la muerte de los demás, príncipe ilustre, de hoy en adelante quiero aprender en vuestro ejemplo la manera de que la mía sea una muerte santa. ¡Dichoso yo, si, aconsejado por estos blancos cabellos acerca de la cuenta que tengo de dar de mi administración, reservo al fiel rebaño que debo nutrir con la palabra de vida, el resto de una voz que decae, y de un ardor que se extingue!

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo